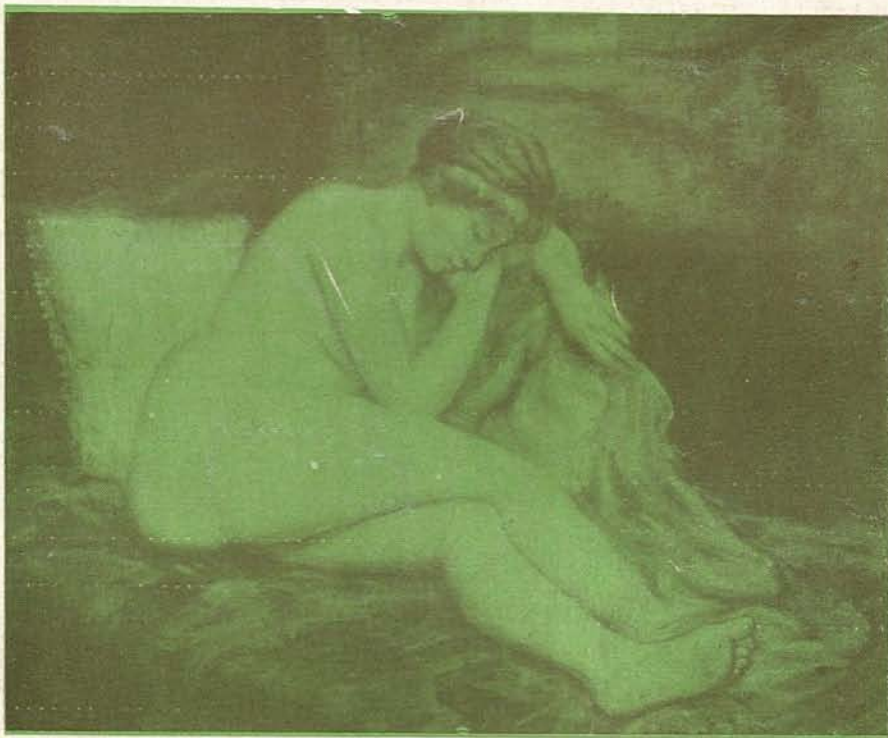


LOS PENSADORES



Saúl de París: ESTUDIO DE DESNUDO

CONTIENE ESTE NÚMERO:

Redacción, AL MARGEN: NOSOTROS Y ELLOS; INSISTAMOS UN POCO MAS; HABLEMOS AHORA DE RUSIA; LA VISITA DE GABRIELA MISTRAL; REQUIESCAT IN PACE; PEDANTERIA DE LA MODESTIA; VEREMOS, VEREMOS; ESO ES; ASI ES, AMEN; SE FUE UN AMIGO. — Alvaro Yunque, MORIR POR LA PATRIA; Leonidas Barletta, DE COMO SE FABRICAN LIBROS; Luis Emilio Soto, NOTAS DE UN VIAJE A MONTEVIDEO; Julio R. Barcos, LETRAS NACIONALES; LA NUEVA GENERACION; Juan Lazarte, VALOR SOCIAL DE LAS LEYES EN EL DELITO; Juan M. Filartigas, PUERTO DE MONTEVIDEO; César Tiempo, ¡RUSIA!; Herminia C. Brumana, NOTAS DE UNA INQUIETA; Henry Donmartín, EL PESIMISMO DE TCHECOW; Alfredo Ferrara de Paulos, RAFAEL BARRETT; J. Salas Subirat, EL ARTE Y LA ARTIMAÑA; Armando Eneas, EL ARTE Y EL PUEBLO; Ricardo A. J. Bernardoni, LO INSENSIBLE EN EL ARTE; Luis Ricardo Visconti, APOSTILLAS A LA VIDA LITERARIA; Gabriela Mistral, LA LLUVIA LENTA; M. Moscareñas, MAUCLAIR Y FIGARI; Ricardo Wagner, UNA VISITA A BEETHOVEN; Luis C. López, DESPILFARROS; SALUDO A LA RUSIA DE LOS SOVIETS Y BIBLIOGRAFIA.

Año IV — N° 117 — 20 cts.

EDITORIAL CLARIDAD

Suplemento del catálogo de obras en existencia

LIBROS Y PUBLICACIONES DIVERSAS

Barletta, Leonidas.—Canciones Agrias	1.—
Barletta, Leonidas.—Los vientres trágicos	1.—
Borghí, Armando.—La Italia tra due Crispi	1.50
Castelnuovo, Elías.—El monstruo	0.20
Dicenta, Joaquín.—El minero	0.20
Fabbri, Luis.—Dictadura y Revolución	2.—
Faure, Sebastián.—Los Anarquistas	0.10
Fischer, M. y A.—Cuentos de Francia	1.—
Grubber, Max von.—La higiene en la vida sexual	0.30
Justo, J. B.—Socialismo	1.—
Malatesta, E.—Au café	1.—
Marx, C.—El Capital (trad. por Justo)	4.—
Noja Ruiz, Higinio.—Los Sombríos	1.—
Rocker, Rodolfo.—Artistas y rebeldes	1.80
Rolland, Romain.—Vida de Miguel Angel	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Mahatma Gandhi	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Tolstoi	1.—
Stanchina, Lorenzo.—Desgraciados	0.50
Stanchina, Lorenzo.—Brumas	0.50
Tagore, Rabindranath.—Pájaros perdidos	0.30
Unamuno, Miguel de.—Los ideales de mi vida	0.20
Uncal, José María.—Los poemas cantábricos	1.—
Kropotkine, Pedro.—La Gran Revolución	2.—
Drauger, William.—La Vida Sexual	1.50
Hardy, G. Dr.—Medios para evitar el embarazo	2.—
Nietzsche, F.—Así hablaba Zaratrústa	1.—
Urales, Federico.—Sembrando flores	0.30
Muller, J. P.—Mi sistema	0.50
France, Anatole.—La isla de los Pingüinos	0.40
Barcos, Julio R.—Libertad sexual de las mujeres	1.50
Flammarion, Camilo.—Urania	0.50
Blasco Ibáñez, V.—Sangre y Arena	0.50
Hernández, José.—Martín Fierro	0.20
France, Anatole.—Escritos Póstumos	0.40
Fulginiti, Juan B.—Trovos al pueblo	0.20
Kropotkin, Pedro.—Etica	2.50
Fernández Espiro, Diego.—Poesías Completas	1.00

LOS POETAS

Antología de versos para niños	0.20
Baudelaire, Carlos.—Las flores del mal	0.20
Becquer, Gustavo Adolfo.—Rimas	0.20
Birón, Lord.—Poesías selectas	0.20
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas	0.20
Bufano, Alfredo R.—Misa de réquiem y otras poesías	0.20
Calou, Juan P.—Poemas Póstumos	0.20
Carducci, Josué.—Nuevas Rimas	0.20
Carrere, Emilio.—Los ojos de los fantasmas	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas Herejes y Poesías Póstumas	0.20
Cervantes.—Versos del Quijote	0.50
D'Annunzio, Gabriel.—Poesías líricas	0.20
De Diego, Rafael.—Las angustias	0.20
Espronceda, J. de.—Selección de Poesías	0.20

Gabriel y Galán, J. M.—Nuevas castellanas	0.20
Goethe.—Poesías líricas	0.20
Heine, Enrique.—Poesías	0.20
Herrera y Reissig, Julio.—Las lunas de oro	0.20
Hugo, Víctor	0.20
Dante Alighieri.—Poesías de Amor	0.20
Mistral, Gabriela.—Selección de Poesías	0.20
López, Luis C.—De mi villorrio y Posturas Difíciles	0.20
Machado, Manuel.—Caprichos	0.20
Issacs, Jorge.—Poesías completas	0.20
Maturana, José de.—Las fuentes del camino	0.20
Poe, Edgar Allan.—Poesías completas	0.20
Santos Chocano.—Alma América	0.20
Silva, José Asunción.—Poesías completas	0.20
Silva Valdés, Fernán.—Agua del tiempo	0.20
Stechetti, Lorenzo.—Póstuma	0.20
Verlaine, Paul.—La Buena canción	0.20
Villaespesa, Francisco.—Viaje sentimental	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas herejes	0.20
Guerra Junqueiro.—La muerte de D. Juan	0.50
Martí, José.—Versos libres	0.20
Méndez, Gervasio.—Poesías completas	0.20
Musset, Alfredo de.—Poesías	0.20
Mármol, José.—Poesías escogidas	0.20
Núñez de Arce, G.—Poesías y Poemas cortos	0.20
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas (edición papel pluma)	1.—

BIBLIOTECA CIENTIFICA

Alba y Giménez, Dres.—La prostitución	0.20
Climent, T. R. Dr.—Higiene sexual del soltero y de la soltera	0.20
Dupuy, R. Dr.—La vida sexual	0.20
Escalante Escandón, Dr.—El Amor Fecundo	0.20
Escanciano, J. J.—La radiotelefonía vulgarizada	0.20
Flammarion, Camilo.—La Ciencia	0.20
Flammarion, Camilo.—La muerte y su misterio	0.20
Forel, Augusto Dr.—Etica sexual	0.20
Forel, Augusto Dr.—Historia de la vida sexual del hombre y del matrimonio	0.20
Fournier y Bloch, Dres.—La sífilis	0.20
Gámbara, L. Dr.—Historia de la doctrina natural	0.20
Kuhne, Luis.—¿Estoy sano o enfermo?	0.20
Lacassen, C.—Impotencia y Esterilidad sexual	0.20
Romero, L. D. Dr.—¿Es contagiosa la tuberculosis?	0.20
Roseh, Dr.—Higiene del matrimonio	0.20
Sánchez de Rivera, D. Dr.—Profilaxis de las enfermedades sexuales	0.20
Sighele, Escipión Dr.—La mujer y el niño	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Hacia la cultura sexual	0.20
Sommer, Luis.—Cómo se evitan los peligros de la lujuria	0.20
Suárez Casañ, V. Dr.—Fenómenos sexuales	0.20
Tairéns Drangs, E. Dr.—La mujer en el amor y la voluptuosidad	0.40

Director: Antonio Zamora

DIRECCION POSTAL:

Casilla de Correo 736

LOS PENSADORES

OFICINAS:

Independencia 3531 - 33

CAPITAL FEDERAL

Publicación mensual de EDITORIAL CLARIDAD

Año IV

Buenos Aires, enero de 1926

Nº. 117

AL MARGEN

Nosotros y ellos

La cuestión empezó con Florida y Boedo. El nombre o la designación es lo de menos. Tanto ellos como nosotros sabemos que hay algo más profundo que nos divide. Una serie de causas más fundamentales fomentaron la división.

Excluidos los nombres de calles y personas, quedamos en pie lo mismo, frente a frente, ellos y nosotros. Si en algún punto debimos situarnos nosotros para distinguirnos de ellos, fué justamente el punto que escogimos: la izquierda, la extrema izquierda. No lo hicimos por oposición a ellos, que ocupan la derecha de la literatura, sino porque ese es el lugar que nos correspondía y nos corresponde. Hace mucho tiempo que nos hemos definido al respecto y no necesitamos insistir mucho sobre el particular.

Lo dijimos y lo volvemos a repetir: vamos por caminos completamente distintos en lo que concierne a la orientación literaria; pensamos y sentimos de una manera distinta. Repitamos ahora que ellos carecen de verdaderos ideales. Fuera del presunto ideal de la literatura, no tienen otro ideal. Para ellos, la humanidad es una masa confusa de lectores, a la cual Dios le dió forma con el exclusivo propósito de que los admirase. La suprema aspiración de ellos, consiste en coronarse en todos los certámenes florales y ser traducidos a todos los idiomas europeos. Invierten la mitad de su tiempo hablando de ellos mismos con una constancia admirable. La otra mitad, es una variación mal disimulada sobre el mismo tema. La figuración literaria les interesa más que la literatura misma, y la literatura, más que la humanidad. Poseen un concepto bajo y grosero de todos los problemas sociales. Sólo invocan a la humanidad cuando la rima o el ritmo lo exigen. Le cantan a la revolución francesa o al pueblo de Mayo, que ya pasó, pero se libran muy bien de cantarle a la revolución rusa o de hacerle unas oraciones fúnebres al pueblo que murió masacrado en la semana de enero. Protestan contra Rosas, que está muerto, pero no protestan contra los tiranos vivos. Reniegan del despotismo pasado, pero hacen la exaltación del despotismo presente. No tiene la menor noticia de la injusticia social. Viven en las tinieblas. En las tinieblas más horribles. Hay entre ellos — ellos son muchos, son casi todos: constituyen una mayoría aplastante — de común, la misma estrechez de miras, idéntico apetito de fama y de fortuna. Sus llamados ideales, son simples aspiraciones domésticas, de grupo o de individuo. No van más allá del café o de la confitería. Nada de lo que ellos dicen o hacen trasciende a la colectividad que los rodea. No escriben ni viven para el hombre: escriben y viven para «La Nación» o para «La Prensa». Lo que puede opinar el pueblo de ellos los tiene sin cuidado, pero lo que puede opinar «La Prensa» o «La Nación» es cosa que los vuelve locos. Además, cultivan con cariño siniestro, todavía, los piojos de la tradición: las

mantas cuyanas, el ombú y toda la cacharrería mugrienta de la cocina calchaquí. Después de haber limpiado a tiros a las distintas razas de aborígenes que poblaban nuestro territorio, ahora se exhuma el cadáver de «la extirpe gloriosa» y se le canta con timbales y matracas y se le da, por añadidura, conciertos de guitarra. El arte nacional para ellos, que son extranjeros o hijos de extranjeros, finca en el culto de un pasado ignorante y tenebroso, cuya sola mención nos aterra; pasado de una raza a la cual nada nos liga y a la cual nuestros padres o nuestros abuelos asesinaron a balazos.

Si deja de hacer nacionalismo calchaquí, nuestra literatura cae inmediatamente en la cursilería de importación, romántica o parnasiana o realista; si no se entrega a rebuscar tozudamente el detalle idiomático. De aquí o de allí, parece estar condenada a revolcarse entre la basura de las particularidades. Las cuestiones de orden general carecen para ellos de interés. Se alimentan de cosas manudas y triviales, haciendo chistes y escribiendo epitafios o chismorreando como las putas por los cenáculos. Jamás se han sentido abrasados por el fuego central de la inteligencia ni han sentido jamás la necesidad de fusionar su corazón con el corazón de sus semejantes. Son demasiado superficiales para tomar en serio el misticismo religioso o la religiosidad de los sentimientos magníficos y oscuros del hombre. Ellos patean con sus patas el corazón tierno de la gente humilde. Nosotros hemos sentido en diferentes ocasiones, al escuchar sus juicios, algo así como si hubiesen escupido en el fondo de nuestro corazón como se escupe en el fondo de una salvadera. Nada hay que desgarrar más los sentimientos que confesarse a una persona frívola y ordinaria que al final se burla de nosotros.

Digamos, aunque se burlen, que a nosotros nos interesa la humanidad. Estamos en la tierra. ¿No es eso? Estamos todos juntos en la tierra. Dios nos ha puesto así, quizás, para hacer de nosotros algo mejor de lo que somos. Pensemos, pensemos sobre esto. No hagamos como que pensamos: pensemos de verdad. Sólo es ideal un ideal común a todos los hombres de la especie humana. Vamos caminando por un sendero abrupto y pedregoso, por una estepa sin luz, perdidos como una caravana en el desierto. Vamos cayendo a cada paso. Vamos guerreando y sufriendo y muriendo. Hombres, mujeres y niños: todos marchamos por el mismo sendero y sobre el mismo planeta y con la misma desolación en el cuerpo y en el alma. ¿Entonces? ¿Qué puede ser la literatura sino un consuelo para todos los afligidos, algo así como la religión? ¿O un medio de libertarse y liberar?

La literatura no es un pasatiempo de barrio o de camorra: es un arte universal cuya misión puede ser profética o evangélica. El dolor de la especie a veces se resume en un solo escritor. Dostoyewsky ha sufrido por él y por todos los que han sufrido como él, antes y después de él.

El pensamiento de la humanidad también, a veces, se condensa en un solo hombre: Lenin ha pensado por él y por nosotros. El escritor es el mejor intérprete de las pasiones y de los pensamientos de la especie. A veces sucede que cae sobre un hombre determinado, como Beethoven, todo el dolor de los siglos. Los verdaderos artistas vienen a ser los heraldos de la humanidad. Tienen siempre algo de santos y de profetas y de mártires. Para comprender el martirio de Edgar Poe es necesario haberse sentido por un momento sumergido bajo el cráneo torturado de Edgar Poe. Y para comprender las obras de Miguel Angel hay que comprender primero a Miguel Angel.

Jesucristo, que no fué músico, ni poeta, ni literato, sigue siendo para los artistas la cumbre más alta de la poesía y de la música y de la literatura.

La grandiosidad de la literatura está en relación a la grandiosidad de los ideales que sustenta. Todas las minucias de estilo y decoración externa se desmoronan ante la grandiosidad de los sentimientos. La manera de decir es secundaria cuando se escribe con el corazón y no con la pluma. La Biblia es un libro santo por su contenido ideológico y humano; es un libro santo, sin forma, escrito por santos que no sabrán escribir, pero que sabían pensar y sentir como no supieron otros, antes ni después que ellos. Su valor no está en su textura literaria sino en el espíritu que trasciende por encima de la letra muerta. No son literatos que escriben allí: son almas tristes que escriben para otras almas.

INSISTAMOS UN POCO MAS

Nuestros literatos carecen de ideales concretos. A lo sumo, fingen tener ideales y se desmienten a cada paso. (Sostenemos la necesidad de un ideal, de un credo, de una religión. Para andar por una ciudad que no se conoce, es menester llevar un plano en la mano). Casi todos nuestros literatos ideólogos son fariseos peores que los mismos fariseos. Hay una literatura convencional que se hace, según las circunstancias, bolcheviqui o nacionalista o guerreista o futurista. Es una literatura de forma, fría de sangre y vacía de pensamiento. Está sujeta más que a otra cosa a la palabrería rococó y atenta singularmente al lucro. Rechaza toda ideología como un pecado. Es decir, rechaza una ideología pero se acoge a otra. Se sostiene aquí que el arte no debe tener ideas. El artista no debe pensar. Se aspira a un arte sin cabeza, blanco, transparente, cristalino, maravillosamente acéfalo. El artista, quieras que no quieras, tiene sus ideas siempre. Es blanco o negro o rojo, pero es. No puede prescindir de la lucha que sostienen sus semejantes y participa en calidad de miembro de la sociedad y no como artista. Lo que se quiere aquí es eliminar las ideas revolucionarias para favorecer a las ideas conservadoras. No se quiere, en realidad, suprimir las ideas.

Es la nuestra una literatura burguesa confeccionada por burgueses o por hijos de burgueses para estimular la digestión de la burguesía.

No hay sinceridad y se falsea todo. No hay la menor sinceridad. Se escribe por escribir sin pasión y sin gusto. Se escribe a sueldo, también: no para ganarse el pan, sino las botas de charol o el automóvil o para alimentar la glotonería de alguna bailarina de bataclán. Existen pocos escritores pobres como nosotros: predominan los ricos, los millonarios o los burócratas con prebendas exageradas. Es así que nuestra literatu-

ra, es una literatura falsa y enfática de gente rica y holgazana.

La división aparece ahora más clara: nosotros somos hombres del pueblo, proletarios de la pluma o del taller; ellos son elementos de la burguesía o de la burocracia. Nosotros surgimos del fondo negro del conventillo sin más estudios que los estudios que pudimos darnos nosotros mismos. Ellos son ratas de biblioteca o chinchas de universidad. A ellos los parió la Facultad de Ciencias y Letras o el Colegio Nacional; a nosotros la calle...

Nosotros vivimos más cerca del hombre despojado de todos los hábitos pestíferos de la civilización, del hombre desnudo y huérfano y miserable. Más cerca del trabajo y de la naturaleza. Conocemos el taller y la fábrica y el hospital; la mugre de los conventillos, la mugre y el hambre. Conocemos el dolor de nuestros hermanos en Cristo por experiencia propia. Tenemos la marca en el cuerpo de cuando atravesamos el infierno social. Ellos sólo conocen la alegría epidérmica de la gente satisfecha. Y los libros. La letrita y la palabrita de los libros. Nosotros no escribimos para darnos un atracón de vanidad, sino porque experimentamos una necesidad casi orgánica de decir cuanto hemos visto y vivido en este bajo mundo. Y así como hoy escribimos, mañana, si no hace falta, no escribiremos más.

Tampoco escribimos para una clase determinada o para un grupo; escribimos para todos los que tienen "oídos para oír" porque creemos que las verdades entran por igual en todas las cabezas. Tenemos fe en la humanidad. Y estamos con los revolucionarios de la izquierda porque ellos no han perdido la fe en los hombres y porque son los que más luchan y se afanan por su mejoramiento.

HABLEMOS AHORA SOBRE RUSIA

Admiramos a Rusia porque es el pueblo que tiene más fe que todos los pueblos en el porvenir y porque es la luz más diáfana que proyecta el mundo nuevo. No admiramos la literatura rusa por su aspecto literario, sino por los ideales de humanidad que encierra. En la literatura rusa, el hombre ocupa un lugar preponderante. Los literatos rusos están llenos de ideas, nosotros llenos de roña literaria. Decimos esto porque Gálvez aseguraba no hace mucho que Rusia «era un pueblo de roñosos». Lo que para los rusos es de una seriedad sagrada, para nosotros es objeto de epigramas estúpidos o de estúpidas negaciones.

Admiramos a Rusia porque es el único pueblo que predice y que trabaja por la concordia universal. Los demás pueblos y especialmente el nuestro están sumidos todavía en la cloaca del nacionalismo. Rusia — muerta de hambre — les está matando el hambre intelectual a todas las naciones que la combaten y la denigran. Mientras Rusia trata de difundir sus ideales por toda la tierra y universalizar al hombre y todas las cosas del hombre, nosotros, a falta de ideales, hacemos versitos, nos masturbamos intelectualmente y prácticamente, tratamos de difundir el maíz de nuestros campos y la lana copiosa de nuestros carneros.

No es que nosotros abogemos por la rusificación del mundo. Queremos señalar más bien un anhelo colectivo: la universalización del hombre. Los ideales de Rusia no nacieron en Rusia, aunque allí hayan arraigado más que en ninguna parte. Cristo no era ruso, aunque haya en Rusia muchos Cristos. El misticismo cristiano del pueblo ruso-

es común a todas las almas grandes y generosas. La bondad y la maldad no tienen patria. Nosotros admiramos al pueblo ruso porque en él vemos concretado una gran parte de nuestras aspiraciones universales y porque de él surgieron las cumbres más altas de la literatura moderna. Dostoyewski es el literato más grande de todos los tiempos. Sólo los ignorantes pueden negarlo. Si hay algo que ciegue y que deslumbe en la historia de la literatura, es la literatura rusa. Los rusos son literatos de vanguardia. Bajo su sombra augusta marchamos nosotros con la cabeza baja. No se trata de imitación. Los que seguían a Cristo no lo seguían por imitar a Cristo. Había algo común entre ellos que los identificaba. Algo parecido ocurre entre nosotros y los literatos rusos. Dostoyewski sufrió mucho. Gorki también sufrió y sufrió Andreiew y Korolenko. Sufrieron todos. Su vida fué una cadena remachada de dolores y penalidades. Sufrieron la cárcel y el destierro, la enfermedad y la miseria. Y el dolor los unió a ellos con los otros, y a nosotros con ellos.

No queremos hacer una religión del dolor ni de la miseria. Ellos tampoco la hicieron. Queremos simplemente indicar lo que hubo de semejante entre nosotros. Que es propiamente, lo que nos liga a ellos. Ahora, de los hombres que han sufrido y conocido todos los dolores y las miserias del mundo, surgió un ideal común: la redención. La idea de Cristo pasó por Tolstoi y se cristalizó en Lenin, quien, a su vez, la derramó por todo su pueblo. Rusia, en estos momentos de ateísmo universal, representa la fe enloquecida y abandonada. Se nos ocurre que el mundo es una iglesia vacía donde solamente Rusia reza por la salvación de nuestras almas.

Sentimos el contraste, ahora, de tener que descender otra vez a la rencilla de nuestra literatura. Claro está que si ellos no fuesen como son, no habría necesidad de turbar la paz de Cristo o de Korolenko.

Pero, antes de terminar, diremos por centésima vez que lo que nos separa no es un barrio ni una calle ni un *ista*. Nos separa, primero, nuestra manera de pensar; luego nuestra manera de sentir; más tarde, nuestra conducta, y, finalmente, el infinito... Es inútil que nos pongan nombres y hasta que nos los pongamos nosotros mismos. Nosotros estamos con nosotros y pensamos y sentimos como nosotros. Piensan y sienten con el ultráismo o con el subrealismo o con Marcel Proust los que no son capaces de pensar con su propia cabeza. Lo propio ocurre con el sentimiento. El hombre de talento tiene talento, no porque esté en Boedo o en Florida, sino porque tiene talento. Un idiota es tan idiota allí como acá. Las escuelas literarias no modifican en lo más mínimo la estructura de nuestra cerebro. Pero así como todos los locos coinciden en un punto que es el manicomio, todos los hombres nobles e inteligentes coinciden también en lo que respecta a los problemas fundamentales de la especie.

Máximo Gorki decía que el destino de las almas era: quemarse o pudrirse. He aquí una bella delimitación final: nosotros hemos venido al mundo para quemarnos, y ellos, quizás, ellos, para pudrirse.

La visita de Gabriela Mistral

Para la prensa grande, el paso de la escritora y educadora chilena por Buenos Aires, ha tenido un revuelo de espectáculo. Los croniqueros de la prensa burguesa han prodigado en la adjectiva, cuan-

do se trata de elogiar lo ya «consagrado por el uso» como tardos de enterarse acerca de los verdaderos valores, es decir, los que traen una idea de renovación y rebeldía a lo establecido, han prodigado el epíteto de genial para la poetisa de *Desolación*. Esta loa unánime de la mayoría, incapaz por falta de cultura literaria, curiosidad artística e inquietud ideológica; nos llevó a releer la obra de la poetisa chilena. Evidentemente, no responde a tales elogios. No es genial, sobre todo. Ella no aporta nada nuevo ni en sentimiento ni en técnica, tan siquiera. Y en ésta es tan deficiente, que por instantes da la sensación de que el verso no es su instrumento apropiado. Torpe e inseguro, se va en un exceso de palabras que llega a fatigar. Gabriela, ¡todavía!, está en la época del soneto. No ha llegado a hacer suya la principal conquista de la poesía moderna: la síntesis. Es pampamosa, a tal punto, que lo que ella desarrolla en cuatro o cinco sonetos, se podría reducir a cuatro o cinco cuartetos, cuando no a cuatro o cinco versos. En cuanto al sentimiento y a la ideología de su obra, no aporta mucha novedad. Es la vieja y mansa idea cristiana, muy simpática y noble por cierto, pero que ya ha sido superada por credos más dinámicos y que quieren realiar la fraternidad humana amasándola con sus manos, no esperándola como una concesión de los que poseen la fuerza y el oro.

Con todo esto, no queremos significar que la autora de *Desolación* sea una literata aborregada. Bueno es reconocer que tiene páginas bellas y cálidas — en prosa, más que en verso. — Pero era necesario que en el concierto de loas con que ha sido acogida por la prensa de Buenos Aires, surgiera la imprevisible voz juvenil, rispida exteriorizadora de inquietud, y desentonara. Bueno es que el público oiga también nuestra opinión, la que corre por redacciones y mesas de café, en voz baja, tanto que no llega a cristalizar en letras de molde. Y, sin embargo, esta voz de los menos que son los más enterados, es la justa, la que se hará oír definitivamente. Así ha ocurrido siempre. Una minoría formada por un grupo insignificante — numéricamente considerado — grupo descontento y ansioso de renovación, es quien sabe avalorar con más justeza a sus contemporáneos «gloriosos».

Lo que más acentúa la no genialidad de Gabriela son los juicios que ha hecho en sus reportajes. (No vamos a hacerle la ofensa de creer que son sinceros y que los ha dado por cobardía). Valores argentinos que la juventud argentina discute y hasta niega; son para ella estatuas inconvertibles a las que brinda el plinto de su admiración incondicional: Arrieta, Ricardo Rojas, Manuel Gálvez, Alfonsina Storni, Lugones, Fernández Moreno, Capdevila... son para ella, ¡todos! escritores definitivos. Y ninguno de ellos lo es. Dada a citar libros de poesía, no recuerda más que al *Martín Fierro* y a *Melpómene* y al *Libro de la Noche*, de Capdevila. ¡El *Libro de la noche*! ¡Pero puede darse algo más vacío y jaetancioso, a la vez, que este libro? Disfrazando su vacuidad en una verborrea que tiene visos de trascendentalismo, la poesía del vate cordobés sólo puede engañar a los demasiado ingenuos, a los que se dejan engañar por la voz y no buscan de analizar lo que ella dice. Aquí, entre nosotros, Capdevila ya no engaña más que a los principiantes... y ahora a Gabriela Mistral. ¿No cree aún que Enrique Larreta con su «Gloria de Don Ramiro», trabajo de erudición más que de arte, cosa burguesa que sirvió para emborronar el

millonario, no cree que es una «obra clásica americana»? ¡Americana! ¿Qué tiene que ver con América ese novelón que transcurre en la España de Felipe II y está escrito en una prosa arcaica y engalanada.

Hablando de prosistas, la escritora chilena llega a la candidez de citar como preeminente a Victoria Ocampo.

Es un colmo. Esta no es otra cosa que un vulgar bluf, sin mérito alguno y que debido a su posición social y pecuniaria ha conseguido atraerse algunos ditirambos y encontrar algún eco en las publicaciones de la prensa grande, venal y banal. ¿La mundana Victoria Ocampo puede interesar a Gabriela, mujer de estudio? Aquí ya tenemos derecho a ser suspicaces, a suponer que la apreciación de la Mistral es sólo una frase de gratitud o de diplomacia.

Gabriela Mistral es también educadora. Como tal no entramos a considerarla. Es una función ajena a nuestra aptitud. Pero antes de darle el epíteto de genial, preguntamos: ¿De qué nuevo sistema pedagógico es creadora Gabriela Mistral?

Requiescat in pace

Tú no eres tú ya. Eres una sombra. La sombra de tu sombra. Algo así como un espectro. Hace mucho tiempo publicaste un libro o pintaste un cuadro y te salió bien. Todos vieron en ti una promesa y te saludaron. Todos cifraron en ti grandes esperanzas. Alguien escribió un artículo sobre tu «futuro brillante». Y tú te llenaste de vanidad, modificaste el tono de tu voz y empezaste a charlar desenfadadamente sobre tu porvenir. Prometiste villas y castillos. Ibas a verificar esto y aquello. Ibas a trastornar lo otro. En una palabra, de tu conversación se desprendía que lo menos que podías hacer era ponerlo todo patas arriba. Amenazabas con obras maestras a cada paso. En los cenáculos no se hablaba más que de tus propósitos. Y todos tus amigos esperaban que cumplieras tus promesas. Y el tiempo pasó y tú no has cumplido. Te has quedado embarrancado en tu primera obra. Has permanecido en tu primitivo estado de promesa brillante. Y ya nadie te escucha cuando hablas porque nadie te cree. Ni tú mismo te escuchas. Y todos aquellos que confiaron en tus promesas intelectuales ahora te miran de reojo como si los hubises estafado. Yo te pregunto ahora: ¿quién te mandó prometer si no habías de cumplir luego? ¿O es que lo conocías y te engañabas y nos engañabas? ¿Por qué prometías maravillas siendo que nadie te exigía nada? ¿Por qué tratabas de elevarte sobre una pirámide de barro si sabías que tarde o temprano te ibas a hundir y que el golpe sería más fuerte cuanto más alto te subieses? ¿Quién te mandó cantar si no tenías voz? ¿A qué santo fuiste a la guerra si no tenías armas ni coraje? ¿Por qué no te quedaste en tu casa?

Ahora estás pagando las consecuencias de tu propia conducta. Tú no eres un fracasado porque nunca fuiste un vencedor. Tu ruina fué ruina por tu propia culpa. Pudiste vivir otra vida y escogiste en cambio una vida que no era la tuya. O subiste a una altura a la que no estaba acostumbrada tu vista o quisiste respirar una atmósfera que no era la adecuada para tus pulmones. Tú te consuelas ahora pensando en tus enemigos. Pero tus enemigos eres tú. ¿Qué haces, por fin? ¿Te emborrachas? ¿Fumas opio? ¿Cocaína?

Ya eres una sombra. Cuando pasas tú se ve pasar una sombra. Nada más que una sombra. Y todos saben esto. Ni tú ni yo. Ni nadie.

y escribiendo y pintando como cuando existías. Pero todo lo que haces ahora es letra muerta. Nadie te lee. Nadie te escucha. Tu voz es tan débil que no se oye. Cuando yo por caridad te escucho, siento deseos de gritarte: — ¡Habla más fuerte que no te oigo! — Pero temo que adviertas lo que también por caridad se te oculta: que estás muerto.

Pedantería de la modestia

Tú eres un hombre modesto. No hagas muecas cinematográficas. Lo sé. Sé positivamente que eres modestísimo. Tu familia lo ignora, pero a mí no se me escapa. Cuando escribes empiezas diciendo: «Mi modesta pluma» o «la modestia que me caracteriza» o «con mi proverbial modestia». Cuando hablas haces ciertas variaciones pero la esencia no varía: «Yo, que soy un hombre modesto» o «yo, que no me jacto de ser modesto». Eres indiscutiblemente modestísimo como Foma Fomitch el célebre personaje de Fedor Dostoyewski. Yo te conozco a fondo.

La modestia es una pasión complicadísima y como todas las pasiones humanas puede dividirse y subdividirse hasta el infinito. El hombre modesto de verdad casi siempre posee la modestia de no decir que es modesto. El que invoca su modestia es que ya no la tiene o es que jamás la tuvo. La modestia se complica a menudo hasta lindar con la pedantería. A veces, se nos ocurre que la pedantería no es más que un exceso de modestia...

El hombre virtuoso ignora por completo su virtud. Todos saben que el genio tiene genio menos el genio. Otro tanto le ocurre al santo y al héroe. Generalmente se habla de lo que no se posee o de lo que se ha poseído alguna vez. Suele ser muy grato recordar el pasado venturoso. Mientras la mujer es honrada no se acuerda de la honradez. En cuanto la pierde la saca a relucir a cada rato. Ninguna mujer casada dice que está casada. En cambio, aquellas que tuvieron la suerte de no pasar por el registro civil, venga o no venga al caso, hablan de la libreta de casamiento. No creemos en la modestia de los que mencionan la modestia a cada paso. Como no creemos en el valor de los gazeones. La modestia tiene la modestia de callarse la boca. Es algo interior que no puede exteriorizarse con palabras, pero que se siente como el aliento.

Pero tú estás fuera de nuestras consideraciones, porque eres un hombre modesto. Modestísimo. ¿Cómo es que empiezas tus artículos? ¡Ah, sí! «Como mi modesta pluma»...

Veremos, veremos

Un mamotreto de la derecha que paga las colaboraciones que se escriban contra nosotros, nos acusa de «desorientación». Supongamos por un momento de que, en efecto, estamos desorientados. Esto no significa, primero, que ellos estén mejor orientados que nosotros. Tampoco el hecho de que ellos estén desorientados justifica nuestra posición. Vamos a razonar un poco. ¿De qué naturaleza es nuestra desorientación? Como dicho mamotreto no tiene otra preocupación que el arte, nuestra desorientación tiene que ser necesariamente artística. Según ellos, nosotros descendemos de Emilio Zola y somos discípulos de Manuel Gálvez. El primero ya murió de muerte natural y lo enterramos; el segundo, es un muerto que camina... Nosotros no tenemos escuela. Somos los expositos de la literatura. Nos criamos, como quien dice, en un mundo de la nada. Nos vamos a todo el mundo

pero no le llevamos el apunte a ninguno. No somos dogmáticos en ningún orden de la vida y la única clasificación que nos cuadra es que somos inclasificables. No estamos atados a ningún diario, a ningún partido, a ninguna secta. No trabajamos para el naturalismo o para el ultraísmo. Somos libres. Hacemos lo que hacemos con la inteligencia y la sinceridad que nos caracteriza. Lo hacemos con valentía. Hemos roto con todo o con casi todo. No hemos venido nosotros para hacer la paz sino la guerra. Queremos quitarle la máscara a más de cuatro. A falta de una armonía, predicamos la disolución. En esto somos anárquicos. Nuestros propósitos son bien claros. No venimos a fomentar la discordia porque sí. Hace falta remover el ambiente y a eso tendemos nosotros con todas nuestras fuerzas. Sí, remover el ambiente. Agitar la conciencia dormida de los literatos que viven en la modorra de las concepciones abstractas. Somos antilibrescos. Hemos caído sobre los literatos como el tábano sobre el caballo de Sócrates. Vivimos una vida de agitadores. Hay muchas cosas que decir que nadie dice y que las vamos diciendo nosotros. La orientación está en nuestra conducta y en nuestra obra. Estamos tumbando a los muñecos de la literatura nacional. Cada tiro que disparamos es un pasmarote que cae. Lo que se ha dicho en esta revista se ha dicho en esta revista y nada más. Si carecemos de orientación, no carecemos, por lo menos, de puntería. Somos razonables. Bastante razonables. Por eso han cerrado filas contra nosotros todos los insensatos. Nuestra grupo significa un peligro para los demás sectores literarios. Un peligro permanente. Y todos los sectores, a falta de argumentos, esgrimen contra nosotros la chismografía y la calumnia y la negación. Un grupo que carezca de orientación se disuelve pronto. Hace más de un año que venimos luchando. Y nos hemos granjeado ya la antipatía general de toda la resaca literaria. Ya hemos conseguido algo: apartar la hacienda.

El tiempo dirá. Veremos a la vuelta de los años quiénes influenciarán más positivamente en nuestro medio y quienes dejarán obras positivas. Nosotros trabajamos. Trabajamos incesantemente. Y en el supuesto caso de que estuviésemos equivocados, el trabajo nos redimirá de todos nuestros errores.

Eso es

Nos hemos denominado izquierdistas por darnos una denominación, sencillamente. Necesitábamos distinguirnos de los demás y hemos adoptado semejante nombre con ese propósito. El nombre es lo de menos. Así como nuestro grupo se llama izquierdista, podía llamarse también el grupo de los foragidos. Además, nos hemos denominado así porque nos hemos puesto resueltamente en la izquierda de la sociedad. Vivimos al margen de muchas cosas, no solamente en arte sino en todos los problemas de la vida. No comulgamos con los hipócritas ni con los fariseos. Nos hemos criado en la calle y seguimos viviendo en la calle. Somos hombres libres. Esa es nuestra verdadera posición mental. No queremos saber nada de escuelas literarias ni las queremos fomentar. Ni del romanticismo ni del naturalismo queremos ser tributarios. No nos conchabamos con nadie. El mejor camino es el camino de la libertad. Hace mucho tiempo que enterramos a Emilio Zola. Manuel Gálvez (Q. E. P. D.) es el último feto de Emilio Zola. Nosotros no tenemos nada que ver con ellos ni con otros. Nosotros somos nosotros. Y escribimos como pensamos y sentimos. El hecho

de que tengamos nuestras admiraciones literarias no significa que tengamos que seguir las huellas de nuestros admirados. No sabemos marcar el paso al compás de ningún dogma. Abominamos todo lo que sea sujeción servil y acatamiento. Para nosotros no se construyeron las cárceles de la inteligencia ni los cuarteles de invierno de la imaginación. No tenemos ninguna receta para fabricar obras. Y vamos justamente contra todas las recetas artísticas a las cuales se acogen aquellos que sostienen que el «arte no tiene izquierda ni derecha». Pero no somos unos descarriados. Ni unos insensatos. Sabemos a donde vamos. No estamos hoy con Dios y mañana con el Diablo. Tenemos nuestro punto de vista y lo defendemos. En el dominio del arte brilla la inteligencia. A mayor inteligencia, mayor brillo. Nosotros respetamos a la inteligencia. Y vamos contra la mediocracia intelectual, carente de ideas y de sentimientos y de inteligencia. Porque se ha dicho que «el arte no tiene ideas», se está propiciando un arte hueco y acéfalo.

Tampoco creemos que ha menester dar a cada paso razones y definiciones. El problema es complicado cuando no se lo quiere resolver; cuando se lo quiere resolver, el problema es simple. Queremos la libertad completa para todo y para el arte también. Somos revolucionarios. ¿Qué más?

Así es, amén

Hasta no hace mucho todos creíamos que Europa era el continente más civilizado de al tierra. Pero después de la conflagración empezamos a ponerlo en duda. Y ahora, ahora, en este singular momento de la historia, creemos que Europa es un continente más bárbaro que Asia y Oceanía. Nosotros, los americanos, debíamos protestar en nombre de la civilización por lo que está ocurriendo en Europa. Hace más de diez años que truena sin descanso el cañón en el viejo continente. Se acaba una carnicería y se empieza otra. Termina Francia con Alemania y la emprende con Rusia. Turquía se le va al humo a Grecia. España arrasa Marruecos. Grecia invade Bulgaria. Rumanía asalta la Besarabia. Polonia se posesiona de Mosul. Y toda esta sinfonía macabra se ejecuta a la vista y paciencia de los demás países, con gran acompañamiento de cañones, ametralladoras, gases asfixiantes y tanques de guerra. Para poner una nota alada en el concierto, los aeroplanos se suben al cielo y largan bombas sobre la tierra. Parece ser que Europa contrajo el vicio del bombardeo. Las balas no meten miedo a nadie ya. La acción de matar gente que en tiempos de El Salvador era una acción muy fea, ahora pasa por ser una acción vulgar de lo más distinguida. Se ha hecho un deporte de la guerra. Los grandes mariscales no son grandes asesinos, sino personas distinguidas que hacen sonar el gong de las batallas. Atila, hoy, no sale a la calle a empeñar su vida y embarrar sus botas, sino que sigue siendo tan Atila como antes, pero desde el Ministerio de la Guerra. Hoy la guerra se hace con números y por números... Cuando hace falta petróleo en un país, el país que tenga petróleo que se recomiende al Diablo. Si a Francia le hace falta carbón o nafta, que Abd-el-Krim le rece un padrenuestro a Mahoma.

Y mientras Europa se destroza el cráneo, los hombres más grandes de la humanidad, aquellos que debían ser nortes de la especie, realizan congresos para resolver a lo mejor algún puntito relativo a la teoría de la relatividad.

MORIR POR LA PATRIA

POR

ALVARO YUNQUE

A Diógenes Hermenegildo Contreras, robusto muchachote de casi dos metros de estatura, lo arrancaron de sus campos, de sus ríos, y se lo trajeron a Buenos Aires. "Hay que servir a la patria", se le dijo, y él fué. Fué, como antes votó por el candidato que el juez de paz le ordenara que votase; votó porque la patria necesitaba su voto, según el comisario. Y ahora iba a servir a la patria, a Buenos Aires, porque el comisario se lo decía. Y de sus campos correntinos, se encontró en plena metrópoli abarrotada de tranvías eléctricos, automóviles, gentes, confusión y ruido. Esa ciudad inmensurable sería la patria; al menos así lo pensó aquel muchacho semianalfabeto.

Llegado a Buenos Aires, lo metieron en un caserón inmenso, vistiéronle un traje con botones dorados, el que le apretaba, traje incómodo; y le comenzaron a enseñar cosas raras para él: andar hacia adelante, hacia atrás, a un lado, al otro; y gritos aquí e injurias allá ¡Provinciano burro! ¡correntino bestia!... Y las pulgas, las chinches, las ladillas... Diógenes Hermenegildo Contreras estaba sirviendo a la patria.

Al sargento, un pampa retacón, Diógenes Hermenegildo Contreras no lo pasaba; a los dos cabos de la compañía tampoco. Los tres lo aturdirían a gritos; pero a quien le había cobrado odio verdadero era al subteniente, un mozalbete boquirrubio que les daba clase. Diógenes se aburría en la clase, se amodorraba oyendo al subteniente que con voz de clarinete hablaba: "Servir a la patria, morir por la patria..."

"Morir por la patria" constituía la frase predilecta del subteniente; y en el cerebro confuso del muchachote soldado, "morir por la patria" venía a ser algo así como el "subir al cielo" que le enseñara el cura en la doctrina.

Diógenes se aburría enormemente en clase, hasta que una noche se durmió. Despertóle un puñetazo en las narices que le hizo sangrar; era el subteniente quien lo había golpeado. El olvidó todo: los castigos del reglamento, la obediencia a sus superiores, todo lo que desde hacía varios meses le venían enseñando; y se quiso echar encima de aquel mozalbete al cual hubiera aplastado de un soplamocos. Lo contuvieron los demás soldados. Se hizo una tremolina, y Diógenes fué a parar al calabozo.

Desde entonces cobró un odio inextinguible al subteniente.

Ya llevaban varios meses de soldados; cierta tarde llegó la orden de formar, los cargaron de balas y salieron. Iban a pelear contra los huelguistas. Algunos soldados, en voz baja, rezonaban, iban de mal gusto.

—¡Cobardes! — pensó Diógenes — tienen miedo...

Al fin no se imaginaba de qué podían tener miedo. El capitán les había dicho:

—¡A ver, muchachos, vamos a fusilar a esos gringos huelguistas!

Y a los gringos, él, Diógenes, se los pintaba mansos, cobardes, como que no servían más que para trabajar... Y para mejor, según el capitán, sólo tenían piedras.

En su antigua fábrica se habían parapetado los huelguistas. Al enfrentárseles, oyó Diógenes al subteniente que gritaba como un clarinete desafinado:

—¡Adelante, muchachos, adelante! ¡A morir por la patria, a morir por la patria!

Cayeron dos o tres piedras, y los soldados hicieron la primer descarga. Y ya no vió nada Diógenes siguió tirando y tirando. Se había parapetado detrás de una barrica, y desde allí descargaba su fusil, tranquilamente, como si estuviese en el tiro. Ya no caían más piedras. De pronto vió a un viejecito asomarse por una de las ventanas, agitando un pañuelo blanco. Diógenes le apuntó. En aquel momento, a diez pasos delante de él, oyó la chirriante voz del subteniente:

—¡Adelante, a morir por la patria!

Y lo vió de pie sobre un montón de escombros, agitando la espada convulsivamente. Diógenes, en realidad, no se explicaba tanto ardor. Si aquello era morir por la patria, ¡buen juguete era! Aquello era una farsa; los pobres gringos huelguistas contestaban con piedras a los tiros de los soldados; de éstos no había ni uno herido siquiera.

Diógenes apuntó calmamente al viejito de la ventana que continuaba agitando el pañuelo blanco, desesperadamente; y volvió a oír al subteniente:

—¡Adelante, ya se rinden!

Y sin explicarse por qué, desvió Diógenes su fusil del viejecito del pañuelo y tiró sobre el subteniente, que ahora vuelto hacia ellos, los arengaba:

—¡A morir por la patria!
No concluyó la frase, se le ahogó la voz en

DE COMO SE FABRICAN LIBROS

Arturo Cancela va a publicar un libro de imitaciones de los intelectuales contemporáneos. Luego dará la receta de cómo se escribe una página de cada modelo. A Cancela, bien visto, no le asiste derecho alguno para hacer burla de nadie, y es lo que vamos a demostrar, burlándolo, en unos notas mal iladas al paso que leíamos "El burro de Maruf".

Acaso, dentro de veinte años, nos habremos ganado un puesto en la academia y exhumando ahora estas notas nos habremos salvado para ese entonces del ridículo que sufre Paul Valéry en Francia, publicando sus borradores literarios.

la garganta, un chorro de sangre le inundó el rostro, tambaleóse y cayó de bruces sobre los escombros.

Diógenes se sonrió, parecióle tan ridícula la posición del subteniente ahora, allí en medio de los escombros, que balbuceó:

—¡Con el culo al aire! ¡Ja!...

Luego, por hacer algo, tiró sobre el viejecito que agitaba el pañuelo blanco, y lo vió tambalearse como el subteniente, inundársele el rostro de sangre, caer. Quedó colgando de la ventana, con medio cuerpo afuera, como si fuese un trapo. Volvieron a llover piedras.

El clarín ordenó calar la bayoneta; la caló y echóse a correr como los otros, hacia la fábrica...

Diógenes Hermenegildo Contreras, presentando las armas, había presenciado el entierro del subteniente. Tranquilo, había escuchado el largo discurso del coronel, sin comprender mucho; sólo había comprendido que el subteniente era el único muerto de la refriega, que era el héroe, el mártir y que había muerto por la patria...

Y Diógenes Hermenegildo Contreras se sintió arrepetido de haberlo muerto. Ahora el mequetrefe boquirrubio estaría en el cielo quizás, porque había muerto por la patria.

Murmuróse:

—¡Juí chambón!...

Comenzaron a desfilar ante el féretro. Allí estaba un viejecito que lloraba, lloraba amargamente, sostenido por un joven rubio parecido al subteniente. Diógenes supuso que aquel viejecito era el padre del muerto; y se acordó del otro, del viejecito huelguista que había quedado en la ventana colgando como un trapo.

—¿Es el padre? — le preguntó al conscripto que iba a su lado.

—Sí — respondió éste.

—¿Y pa qué llora, qué más quiere? El hijo ha muerto, pero ha muerto por la patria, pues. ¿Pa qué llora? ¡Ha muerto por la patria! ¿No nos enseñaba a morir por la patria?...

El otro conscripto se encogió de hombros.

ALVARO YUNQUE.

Si los artistas siguieran el ejemplo de Valéry el mundo no contaría más que sinfonías inconclusas, cartones mamarracheados y libros de taratamados mentales.

Volvamos a Cancela. Como él anuncia que dará la receta de cómo se escribe una página de cada modelo, nosotros queremos adelantarnos con la receta de cómo se escribe un libro como "El burro de Maruf".

Cancela es el primero o segundo humorista (el tercero o cuarto es E. M. Calzada) en un país en que, por abundancia de todos los bienes del señor hay hasta media docena de humoristas, incluyendo, claro está, a Ruas y a Nalé Roxlo, fundador y actual director de la revista jocosa "Don Goyo".

No opinamos con los admiradores de Lugones que Roxlo haya desmentido al maestro aceptando la dirección de una revista chistosa. Creemos que ese es el destino de los jóvenes literatos de vanguardia y que el belicoso aeda del "lunario" a quien estos jóvenes imitan (¡cuidado Ele Efe Bernárdez!) debió reservar sus versos, sus artículos y sus conferencias, humoradas todo, para una revista del género de la que nos ocupa.

Como primer humorista argentino, Cancela (todavía no es colaborador de "Don Goyo") tiene la obligación de publicar libros de chistes. Pero después de haber leído "El burro de Maruf" uno se dice que Gleizer, que es un hábil comerciante, ha dado por el burro más pienso que lo que éste vale.

He aquí la receta para escribir un libro que alcance la gloria literaria:

En primer lugar, es preciso haber sido director de la sección literaria de un gran rotativo, sin lo cual el libro carecería de valor filosófico. (Ya se sabe que ahora la filosofía es movimiento, según Xenius).

Una vez en poder de esta patente de filósofo moderno, puede uno, a modo de ensayo con el público, dar a luz un primer libro.

Pero, ¿es que debe uno abordar asuntos transcendentales? Nada de eso. El libro puede componerse con tres novelas semanales, excepcionalmente aderezadas.

En seguida se anunciará la próxima aparición de un asteroide. Todo la república de las letras se pondrá en convulsión y los ciudadanos se pasarán unos a otros el santo y seña:

—Es un gran libro. Un libro de filosofía...

—¿De filosofía?

—...humorismo a lo Chesterton...

—¿Humorismo, aquí, en Buenos Aires?

—...maravilloso estilo, ironía cáustica...

—Pero, quién...

—Fulano de Tal, director del Suplemento.

—¡Aah!

Al mes de ocurridas estas escaramuzas literarias, los encargados de patrullar han conseguido la rendición incondicional de los pocos valientes dispersos. Los que quedan se rendirán por la vanidad y por el hambre.

Entonces es el momento. Sobre las gentes

angustiadas por la tremenda expectativa, cae el libro como lluvia benéfica.

Entonces es el momento de voltear las campanas de la gloria. Todos los sacristanes, todas las cuerdas están ahí, al alcance de la mano, (No olvidar que uno es director de un suplemento literario, que compra artículos y regala reputaciones). ¡A sonar, pues!

—¿Sabe que Fulano es un genio?

—¡Qué! ¿ha leído usted el libro?

—No; pero, si tantos lo dicen...

Del exterior llegan los diarios cargados de noticias. La gloria es con Fulano.

Fulano entonces sonríe. Deberá escribir para el teatro. ¿Qué humorista que se respeta deja de abordar el teatro?

Los asuntos más complejos, de más profunda significación moral deberán merecer de parte de Fulano una sonrisa.

Decía Franck Brown que la risa es saludable y sus muecas provocaban las lágrimas, de verle tan pobremente célebre y arruinado. El autor de "El general Quiroga va al muere en coche", el que le descubrió — ¡al fin! — el agujero al mate, para asemejarlo a un volcán, (!!) Jota Ele Borjes y toda la nueva generación que no ha salido aún del infantilismo literario, están con Franck Brown. Hay que hacer reír. Hay que perder la compostura. Fulano no está con el payaso porque es de una calidad mental muy superior a la de esos chicos; pero Fulano también ríe ante los problemas de la vida, que soluciona con fórmulas literarias.

Ahora que Fulano está con la gloria, se olvida de que es hombre y se convierte en literato. Juega, come, bebe, piensa, ama, literariamente. El literato ha muerto al hombre.

Ahora ya no es necesario que continúe dirigiendo el suplemento literario. Además, por ese tiempo es probable que lo hayan dejado cesante.

Fulano deberá anunciar entonces su vuelta a la actividad literaria. Avisará la próxima aparición de tres o cuatro libros, así es menos difícil equivocarse. Y publicará uno: "El asno de Buridán". Su editor le habrá rogado con lágrimas en los ojos que le haga entrega de una vez por todas del famoso asno y es lo que habrá conseguido después de cinco o seis cartas cambiadas, que Fulano deberá dejar en el libro a modo de prefacio, como dicen que se dice, los imaginíficos.

La portada de este libro ha de ser encomendada a un dibujante de moda por sus dibujos eróticos; así la maestría que ha adquirido dibujando muslos rosados de mujeres de nariz respingada, será experiencia para poner un burro blanco y mórbido, más propio para hacerle el amor a la Juana de Orleans que satiriza Voltaire.

En otra página ha de repetirse el título con alguna gracia. "El asno de Buridán", la filosofía del hombre que fuma y escupe y otros ensayos de Fulano de Tal". Debajo no está mal poner la cabeza de un borrico encima del nombre del editor.

En otra página ha de decir: "De esta obra

se han impreso treinta y nueve ejemplares en papel del Japón numerados por el autor." Y en la siguiente, la dedicatoria: ¡A la madre, a la novia, al amigo, al maestro? No. Al director del gran rotativo. (No olvidar este detalle, que es importantísimo). Seguidamente se reunirán diez artículos periodísticos de mediano interés, se adobarán nuevamente con trescientas o cuatrocientas citas de autores más o menos desconocidos en nuestro idioma (erudición), se confeccionará un índice alfabético y se traducirán las citas en idioma extraño, para uso del lector de cortos alcances.

Todo esto matizado de gracias y chistes más o menos ingeniosos aunque no vengán al caso, bien agitado y revuelto, dará un libro de humorismo filosófico, bien entendido que haya estado uno a cargo de un suplemento literario importante, siquiera por una semana.

La comprobación de todo esto la tendríamos si Laferrere se propusiera publicar un libro

LEÓNIDAS BARLETTA.

SE FUE UN AMIGO

Embarcó para Méjico nuestro amigo Julio H. Brandán. Lleva la representación de varias instituciones culturales, estudiantiles y literarias. Piensa difundir las obras de nuestro grupo, mediante la prensa y la tribuna. En primer término piensa verificar una exposición con las obras de los pintores y escultores de la izquierda. Participan en el certamen Facio Hebequer, Vigo, Arato, Giambiagi, Bellocq, Montero y Riganelli. Piensa difundir y hacer representar las obras del Sindicato de Autores. Figuran en la selección: Eichelbaum, González Pacheco, Muniagurria, Pico, Herrera, Sánchez, Gache, Defilippis Novoa, Guibourg, etc. Se ha incluido aquí a dos autores muertos y a dos que no pertenecen al sindicato. Y piensa comentar y difundir a los siguientes novelistas: Horacio Quiroga, Benito Lynch, Elías Castelnovo, Roberto Mariani, Juan Palazzo, Alvaro Yunque, Leonidas Barletta, Amorim, Abel Rodríguez, etc. Se ha incluido aquí a dos que no pertenecen a nuestro grupo.

El propósito de Brandán es dar a conocer allá lo más saliente de la producción nueva de los autores de vanguardia. Piensa asimismo vincular a las instituciones y autores de allá con los de acá. La misión de Brandán es una misión de intercambio y de concordia. Brandán es una línea de carne y hueso que tiramos nosotros desde Buenos Aires hasta Méjico. Nada o poco se ha hecho hasta ahora por las relaciones internacionales entre los artistas. Los obreros sostienen relaciones recíprocas en sus respectivos países y relaciones internacionales con los demás países. Los artistas, no. No hay gremio más desorganizado que el nuestro. Ni más egoísta tampoco. Los intelectuales que presumen gobernar al mundo, no dan siquiera el primer paso en este sentido que sería formar una confederación universal. Toda iniciativa que tienda a unir entre sí a todos los países, ya sea de carácter obrero o intelectual, merece nuestro apoyo.

Por eso comentamos con satisfacción la ida de Brandán a Méjico, que viene a ser el grano de arena con que contribuimos nosotros en la gran obra de la confraternidad universal. Así como los gobiernos suelen enviar a los otros países emisarios de guerra, nosotros enviamos emisarios de paz y de concordia.

NOTAS DE UN VIAJE A MONTEVIDEO

El movimiento literario actual

Un viaje a Montevideo tiene para nosotros la ventaja apreciable de no exigir casi preparativos, facilidad que por igual comparten los uruguayos respecto de la Argentina. Tal suerte de improvisación trae de suyo aparejada una consecuencia innegable: el relieve especial que cobran las impresiones en torno a los hombres y las cosas. De ese modo percibimos el paisaje y todo cuanto nos rodea, sin previa acomodación de nuestra actitud interior, tan naturalmente como si en realidad no hubiésemos salido de nuestro país. En cambio, los otros viajes, cuyos preliminares son extensos y minuciosos, restringen en cierta forma la libertad de espíritu necesaria para admirar lo que el nuevo ambiente nos ofrece, su carácter típico que no siempre se revela en seguida. Esta índole de viajes o turismo, proporciona a aquellos que lo practican, versiones que están muy lejos de la realidad y que sólo pueden satisfacer la limitada apetencia espiritual de tales visitantes. El tránsito de Buenos Aires a Montevideo permite como ningún otro, mantener dicha actitud contemplativa, sin la cual el semblante inconfundiblemente característico del paisaje extraño, sólo se entrega a medias al ojo del espectador vulgar. Esta miopía espiritual que padecen casi todos los turistas, hace que a lo sumo se obtengan "poses", malas por añadidura, del panorama más sugestivo. Por lo demás y refiriéndonos siempre a Montevideo, la abierta cordialidad que encuentra allí el visitante argentino, desvanece todo asomo de extranjería y hay en cada acto un ademán fraterno y una invitación a sentirse como en su propia casa.

Esta sensación de familiaridad, casi de trato doméstico, diríamos, se percibe fielmente a través del movimiento literario. Autores y obras gozan de prestigio análogo en ambas ciudades; se comentan y se discuten con el mismo interés. Hasta pequeños sucesos que forman los entretelones de la literatura, trascienden de un centro a otro y son factores de innegable eficacia en la creación lenta de una atmósfera común. Esto, que nadie ignora y que se repite a diario con cualquier motivo, sólo se aprecia su importancia al cambiar de ambiente, por influjo directo del medio vital, cuyas particularidades, pocas o muchas, gravitan sin remedio sobre nosotros.

Sabemos por experiencia propia hasta qué punto una revista literaria puede ejercer una función cohesiva y fomentar, si cabe, un credo estético. Dos o tres figuras centrales, más o menos diestras en política proselitista, bastan para agrupar en torno suyo un núcleo considerable de escritores jóvenes. Actualmente des-

empeña este rol en Montevideo "La Cruz del Sur", revista mensual que dirige Alberto Lasplaces, y la cual hace más de un año que aparece. Publicación seria y bien organizada, registra con altura el movimiento intelectual, artístico y literario del vecino país, situándose al mismo nivel de las demás revistas de su género europeas y americanas. La sección escrita en francés, que es una de sus particularidades, está a cargo de Gervasio y Alvaro Guillot Muñoz, cultísimos escritores uruguayos que desde esas columnas ofrecen a los lectores de "La Cruz del Sur" una información completa, intercalada con valiosos estudios críticos sobre libros y autores franceses de más actualidad. Colaboran a menudo en dicha revista Sabat Ereasty, cuyo último libro, "El vuelo de la noche", apareció a fines de 1925; Juan M. Filartigas, que en breve publicará un libro titulado "De las mujeres y de mis amigos"; Nicolás Fusco Sansone, Mario Esteban Crespi, Pereda Valdés, Diego Larriera Varela y otros. Merecen señalarse, además, las notables ilustraciones de Lanau, Cúneo, Pastor, Furest y Méndez Magariños, cuyas xilografías y grabados diversos valoran altamente "La Cruz del Sur".

Un loable esfuerzo editorial y artístico lo constituyó la revista "Teseo", dirigida por Eduardo Dieste, uno de los más altos representantes de la crítica rioplatense. "Teseo", que hace un tiempo dejó de salir, pero que reaparecerá en breve, según nos dijo Eduardo Dieste, además de algunos colaboradores de "La Cruz del Sur", está compuesta, entre otros, por Emilio Oribe, E. Casaravilla Lemos, Humberto Zarilli, I. Zavala Muñoz, Bernabé Michelena, etc.

La revista "Nueva Generación" contribuyó también a agitar el ambiente bajo la acertada dirección de Filartigas, comentando y discutiendo las últimas manifestaciones artísticas y literarias de Europa.

Hay, pues, actualmente en Montevideo un movimiento literario activo, cuya fiel expresión son las revistas citadas y la obra aparte que cada escritor realiza. Si Zum Felde publica, como promete en el prólogo, la segunda parte de su "Crítica de la literatura uruguaya", se podrá ver de cerca cuál es la verdadera importancia de esa pléyade de escritores jóvenes que han de continuar, sin duda, la prestigiosa tradición literaria de su país. Por lo pronto, Juana de Ibarbourou, Fernán Silva Valdés y Carlos Sabat Ereasty, para no citar más, trasponen las fronteras de su patria para integrar la guardia delantera de la poesía de Hispano-América.

Conversando con varios escritores jóvenes uruguayos, oímos juicios poco favorables sobre

el actual ambiente literario de su país, comparándolo, por lo común, al nuestro y dándole a éste una magnitud exagerada. No cabe duda que entre nosotros cuéntase un contingente mucho mayor de escritores, incluso todas las especies del plumífero. Esto no debe extrañar, calculando que Buenos Aires tiene más de dos millones de habitantes y cada hijo de vecino tiene derecho a aspirar a la gloria. Pero ahí no puede fundarse ninguna superioridad. Descartando que nuestra población intelectual posea alguna virtud específica, lo que es irrisorio, no queda motivo serio que justifique esa diferencia. En cuanto a nosotros, no se nos juzga tan favorablemente cuando se analiza valor por valor; se ponderan las obras y se tiene una noción clara de nuestro ambiente. Si en realidad existen muchas revistas que dejan suponer sendos grupos de escritores jóvenes, aguzando un poco la mirada no se tarda en descubrir cuánta paja se oculta, cuánta vanidad y cuánta grafomanía se extiende a través de innumerables páginas baldías. Lo demás es puro espejismo. No queremos negar con ésto que haya aquí una saludable actividad literaria, intensa y fecunda si se quiere. La división en distintos campos, más o menos tendenciosos, sus luchas y rivalidades, atestiguan una vitalidad halagüeña. Pero, como hemos dicho, hay que descontar el lastre inevitable, la producción fácil y sin importancia y la cual, justo es declararlo, abunda entre nosotros.

En nuestra reciente visita a Montevideo conocimos también a Mercedes Pintos, distinguida escritora española radicada allí desde hace un año. Por iniciativa suya, se fundó "La casa del estudiante", sitio de reunión de numerosos literatos jóvenes donde se organizan veladas literarias, conferencias y demás actos culturales. Mercedes Pintos publicará en breve una novela titulada "El". Entre otros aspectos de su actuación constante en Montevideo, debe recordarse que ella tuvo parte activa en las diversas manifestaciones de protesta realizadas en esa ciudad contra el gobierno dictatorial de Leguía, y en especial con motivo de la muerte de Eldwin Elmore, actos de justicia que alcanzaron gran resonancia. A propósito del justo homenaje que la intelectualidad uruguaya rindió en memoria del estudiante peruano, víctima del iracundo "poeta bufón", es inexplicable que entre nosotros no haya tenido lugar un acto análogo, franca expresión de nuestro sentimiento de pro-

testa por ese incalificable crimen. La actitud de los intelectuales uruguayos es por demás honrosa y deja a salvo el nombre de la cultura rioplatense.

El movimiento literario que está desarrollándose ahora en Montevideo es sobremanera promisor. Se equivocan los que asumen posturas pesimistas, alegando que esa fiebre productora, común a nuestro ambiente, carece de orientación fecunda. Hoy los sistemas son de exclusivo dominio paleontológico. Nunca como ahora el arte y las letras rioplatenses se sintieron más al nivel de la actualidad europea. Quince o veinte años atrás nuestros teatros y nuestras revistas más o menos selectas, giraban alrededor de autores y obras correspondientes en Europa a una promoción caduca. Entonces no abundaban los medios de información y contacto como ahora y, por supuesto, los núcleos artísticos de estos países marchaban a considerable distancia de la vanguardia europea. En nuestros días, el cronista español o americano tipo Gómez Carrillo, Manuel Ugarte, Fray Candil, etc., especie de voceros literarios entre un continente y otro, fueron suplidos por la comunicación rápida y directa. Nuestros literatos no esperan ya la crónica informativa; adquieren el libro "vient de paraitre" y a través de revistas, boletines y demás publicaciones, están al cabo de la calle, aptos para disertar sobre la novedad más reciente. Esto ocurre en Montevideo y en la Argentina, y a ello se debe sin duda la actividad precipitada que se traduce en libros, revistas y publicaciones de todo género. Fácil es deducir, pues, el porvenir que espera a la literatura del Río de la Plata, vitalizada de continuo por ese fermento activo y fecundo.

Esta fe proviene de una atenta observación de lo que ocurre entre nosotros y en especial del sano entusiasmo que acusa la obra de numerosos escritores jóvenes y la cual pudimos apreciar en nuestra reciente visita a Montevideo. Hablando sobre estos temas con Juan M. Filarigas, un espíritu admirable que movilizó intelectualmente a un grupo de jóvenes artistas y literatos, sentimos desvanecerse en nosotros algunas dudas con referencia al actual movimiento y sentimos renacer, en cambio, una fe nueva y robusta, oyendo hablar a nuestro amigo, cuyo vital optimismo traducía el ansia eficaz de la nueva generación uruguaya.

LUIS EMILIO SOTO.



LETRAS NACIONALES: LA NUEVA GENERACION

Juventud y egolatría son sinónimos. Así lo ha dicho Pío Baroja que es un psicólogo introspectivo insuperable, y eso lo podemos comprobar los escritores que vamos saliendo de la zona cálida de la vida, con sólo estudiar el corazón de los demás a través del propio.

La gente obtusa y educada en las mentiras convencionales, se enfada con el narcisismo espiritual de la juventud.

No comprende a esos jóvenes decidores y entusiastas que hablan con el énfasis de los héroes y la iluminación de los augures. Y en realidad debiera ser a la inversa. Lo incomprendible es la juventud sin delirios, sin espejismos del alma, sin la embriaguez dionisiaca del entusiasmo que llena de ritmos internos el espíritu del hombre en el despertar de su psiquis.

He aquí por qué creo que no debe chocarnos la natural petulancia de los jóvenes en el comienzo de su carrera literaria. ¿Por qué maltratarlos? ¿Acaso todos no hemos sido iguales? Los que estamos de regreso respecto a la ilusión de la gloriola literaria, y no damos ya flautas por pitos, porque hemos descubierto que la vida es rica en alegrías y goces puros de la inteligencia, miramos sonrientes a esos jóvenes para quienes el ancho mundo es pequeño en relación a sus ambiciones, diciéndonos en secreto: he aquí el espejo en que puedes ver lo que tú eras.

Naturalmente que tales cascabeleos del "yo", no siempre acusan los dones virtuales del talento y la personalidad. Al afirmar que egolatría es sinónimo de juventud, no hemos querido decir que lo sea también de genio. La grafomanía en estos países de cultura intelectual unicolorde, es una epidemia regional semejante al paludismo o la uncinariosis.

Otro concepto que no debe diluirse en el lenguaje más o menos vaporoso del retoricismo, es el que se refiere a los valores de la "nueva generación".

¿Qué debemos entender por hombres de la nueva generación? ¿Los que no pasan de 30 años de edad? ¿O los hombres nuevos con ideas nuevas que vienen a desplazar a los hombres viejos con ideas viejas? Y los jóvenes de veinte a treinta años con ideas pretéritas, ¿qué sitio ocupan? ¿Pertenece a la nueva o a la vieja generación?

Está visto, entonces, que la juventud no es cuestión de años: es un fenómeno espiritual. Entre un Anatole France, o un Bernard Shaw, o un Gladstone que a los 81 años de edad se proclamaba el único hombre joven de Inglaterra, y el cardumen de petimetres de psicología neutra que emborronan papel para reeditar o exhumar ideas, creencias y supercherías arcaicas, ¿cuáles serían los verdaderos representantes de la nueva generación?

Conviene, pues, hacer el distingo, cuando nuestra juventud literaria se yergue intrépida

e irreverente frente a los semidioses de nuestro Olimpo intelectual diciendo: el pasado no existe. La nueva cultura intelectual y artística comienza en nosotros.

Y si tal ilusión — puesto que la espiritualidad no comienza y termina en cada individuo — se basa al menos en un loable programa de trabajo, destinado a producir una verdadera mutación de valores, está justificado el desplante y la arrogancia de estos nuevos Quijotes que luchan estimulados por la Dulcinea de un ideal.

Pero bajemos del plano de las generalizaciones al mundete real y vívido en que nos movemos. Echemos una ojeada a las tres o cuatro capillas (con sus predicadores y catecúmenos) en que se ha dividido la joven intelectualidad de nuestra metrópoli.

Enumerar los periódicos en que escriben, Inicial, Proa, Martín Fierro, Extrema Izquierda y LOS PENSADORES, es designarlos por su cédula de identidad.

Vamos por partes.

II

Por temperamento y por motivos ideológicos soy partidario de toda innovación. En arte como en todo: "renovarse es vivir". Pero distingamos: una cosa es renovar nuestro bagaje psíquico y otra encuadernar viejas necesidades a la última moda.

¡Bien venida la juventud innovadora! Paso a los hombres de la nueva generación que no se resignan a ser un calco pálido de las generaciones difuntas, ni a malgastar el tiempo en tejerles mortajas literarias a los muertos.

Es en ella y no en la que, dotada de *sprit moutonier* se acomoda a la rutina como el carnero a la majada, en la que se realiza la ley biológica del mejoramiento de la especie por el perfeccionamiento indefinido del espíritu. En tal sentido, todo ensayo y todo esfuerzo que se realice, nos merece respeto y simpatía.

En las revistas Martín Fierro y Proa, que tenemos a la vista, hay una congregación de jóvenes literatos que presumen de innovadores en las letras nacionales. Tienen algunos de ellos, evidentemente, talento y sensibilidad artística. Pero carecen, precisamente, de facultad creadora.

Apesadumbra verlos sudar y desgastarse en una ardua y estéril labor, rebuscando, retorciendo, alambicando y triturando la palabra que es el vehículo de la inteligencia entre los bimanos y cuya excelencia, por consiguiente, consiste en su claridad.

Si los que invocan el futurismo llevarsen realmente el futuro dentro de sí, indudablemente que el autor de estos comentarios correría en seguida a eurolarse en una escuela. Pero donde hay menos gérmenes de futuro es en los futu-

ristas y en los ultraístas, fugaces brotes del tronco añoso del arte en decadencia, que si bien implican un afán de resurrección, carecen, en cambio, del flúido vital que los enraíce al suelo de una verdadera cultura del espíritu.

Aun, como teorizantes de una estética nueva, carecen de interés.

No aportan un solo valor nuevo al arte, excepto el de la discusión. Pero aun en esto, las discusiones que promueven sólo sirven para demostrar el peor aspecto de la escuela: el de la vanidad pueril, vanidad de escolar, que anima a sus catecúmenos.

Por "Crítica" y por los periódicos nombrados más arriba, hemos asistido a un duelo de frases entre los "literatos de la calle Florida" como se llaman los redactores de Proa y Martín Fierro, y "los de Boedo" como denominan a los rojos de Extrema Izquierda y LOS PENSADORES.

¡Miren que ponerse a discutir en esta hora grandiosa de la Historia en que la civilización de Occidente ha sido puesta en jaque por la de Oriente, sobre si serán mejores o peores los literatos de la calle Florida que los literatos de la calle Boedo!...

En honor de la verdad, estos últimos han sido los primeros en reaccionar, transportando la discusión al terreno de las diferenciaciones ideológicas que aquí y en todas partes ponen un abismo entre los espíritus revolucionarios y los retardatarios.

Repito que es una lástima que estos jóvenes campeones, discípulos de la fórmula aristocrática del arte por el arte, no hayan puesto su audacia y los mejores bríos de su inteligencia al servicio de una revolución en los espíritus, en lugar de ponerlos al servicio de una revolución gramatical coronada de ideas reaccionarias.

En el arte literario más que en ningún otro, lo que más interesa no es la gama de matices y sensaciones, sino el repertorio renovado y enriquecido de las ideas.

Nadie cree a la fecha en los culteranistas del idioma que nos obligan a leer sus complicadas trivialidades con el diccionario en la mano. Preferimos y amamos a los artistas diáfanos y hondos que realizan el milagro de expresar con sugestiva sencillez la belleza inédita que hay en casi todas las almas.

Desde los poetas griegos hasta Anatole France, el mejor estilo ha sido y continuará siendo aquel que cae sobre la idea como la túnica helénica cae sobre la estatua femenina. O como dijo Eca de Queiroz donosamente: "el fino velo de la fantasía sobre el cuerpo desnudo de la verdad".

¡Eso es el arte! Y lo demás es onanismo mental, más propio de sátiros seniles que fatigan a la musa con manoseo impotente, sin preñarla nunca, que de hombres nuevos con alma nueva, física y cerebralmente bien contruídos.

¡Qué más quisiéramos en estos pueblos jóvenes gobernados por vejestorios, cuando no por momias intelectuales, que surgiera en cada

esquina una muchacha de alma moza encargada de electrizar la atmósfera con las audacias de su pensamiento y los ímpetus de su acción!

No, amigos; no hay tal arte nuevo donde falta la mocedad del espíritu, que alguna vez he definido como una fina campana de cristal en la que tienen siempre lírica resonancia las sollicitaciones del ideal, del amor, del bien, de la justicia.

Los escritores y los artistas que no han aprendido a abrir los ojos para mirar y comprender la epopeya social de su siglo, ni a abrir su corazón para contemplar la Vida, por más que posean el dominio de la técnica verbal y manos hábiles para aderezar y confitar el estilo, son gentes que no merecen tomarse en cuenta: no tienen ninguna riqueza que distribuir en el mundo, no le traen a sus contemporáneos el regalo ni de una nueva verdad ni de una nueva ilusión.

No basta, entonces, llamarse representantes de "la nueva generación" por el hecho de tener veinte o treinta años. Para creerlo, debemos mirar las manos de esos jóvenes adalides: si traen en la diestra una antorcha para incendiar la selva de las mentiras seculares y en la siniestra una rama verde en la que florece el porvenir, el mundo entero se inclinará a su paso. ¡Nos convencerán con su sola presencia!

JULIO R. BARCOS.

iii ASOMBRESE!!!

La *EDITORIAL CLARIDAD* le ofrece a usted por solo 20 centavos la Biblia Gaucha

MARTIN FIERRO

Y

LA VUELTA DE MARTIN FIERRO

Por JOSE HERNANDEZ

Si algún afecto siente usted por este país demuéstrela difundiendo la obra maestra de la literatura nacional.

Aproveche la oportunidad. Esta es la primera vez que la obra de Hernández se publica absolutamente completa al precio de VEINTE CENTAVOS.

Así se hace la revolución editorial Pida MARTIN FIERRO en los kioscos, puestos de periódicos o a la administración de

EDITORIAL CLARIDAD
C. de Correo 736-Independencia 3531
BUENOS AIRES

VALOR SOCIAL DE LAS LEYES EN EL DELITO

Hay quienes creen que en materia penal, con leyes se hace todo. Ningún capítulo tan claro como el delito para demostrar la ineficacia y superfluidad de ellas. Siempre se supuso a la ley como madre del orden actual (muy diferente, por cierto, al orden social, al cual no hemos llegado todavía), suposición gratuita e infundada, por cuanto una y otra provienen de la sociedad, generadora a su vez del famoso y traqueteado orden.

Durante siglos y siglos el hombre apiló códigos y floreció una legislación abundante y variada. Sin embargo el delito siguió su camino, sin fijarse en esas pequeñas vallas, que para nada dificultaban su desarrollo y propagación.

La ley ensayó todos los tormentos: la muerte, el destierro, el encierro, descuartizamiento, picota, horca, rueda, decapitación, mutilación de miembros, confiscación de bienes; y la mente de los verdugos creó variedad y matices infinitos en los tormentos, y sin embargo todo el resultado fué que, cuando no aumentara desproporcionadamente el delito, signiera siempre un firme y constante crecimiento.

La ley cometió con los delincuentes espantosos crímenes, en el siglo XVIII, sólo comparables a los que cometió con los mismos todo el siglo XIX. La legislación moderna quiso amornar tanto mal, pero ella misma lo es, y al privar de la libertad sistemáticamente a los hombres, al crear presidios, colonias y cárceles, comete atrocidades comparables y algunas veces mayores que las hechas por los inquisidores de los siglos pasados.

Las atrocidades del siglo XX no tienen nada que envidiar a las del XVIII.

En el extenso campo del delito, son los hombres y su obscura psicología factores positivos e imponderables; no es la ley la llamada a implantarlos cuando esto quiso hacer sufrió un ruidoso fracaso.

Mentalidad, inteligencia y trabajo sostienen en su avance desequilibrado a la sociedad actual, con más resultados eficientes que cualquier norma escrita, impidiendo aproximaciones negativas con lo salvaje y ancestral del fondo de la naturaleza humana.

Después de siglos de legislación, puede decirse que la ley no impide el delito. Cuanto más leyes tanto más delitos. Esto no es paradójico sino real, por cuanto ley y delito son hijos del medio social actual, donde el crimen y el robo son regla, nunca excepción.

En la civilización capitalista, a un aumento de miseria corresponde un aumento de crimen. Recrudescen las luchas, el delito se multiplica. Las horribles condiciones del proletariado inglés, reveladas en un informe presentado por

los laboristas en la Cámara de los Comunes en 1925, nos sugiere el argumento mayor para explicar la delincuencia inglesa. No vaya a creerse que atribuímos ingénuamente todo a la miseria, pero sí le damos el valor y rango correspondiente.

Si las leyes tuvieran bondados como las supuestas al dictarse y aplicarse, en tal cantidad, debiera, por su entendida eficacia, automáticamente cesar el crimen, plaidecer la delincuencia, pero desgraciadamente pasa lo contrario.

Afánanse los eruditos criminólogos, los abarrotados penalistas, en amontonar código sobre código, y en hacer de la nada una antropología lastimosa y ridícula, mientras el delito aumenta en una progresión alarmante (para quienes tienen que alarmarse), demostrando la absoluta incapacidad del sistema para detener la avalancha en su avance arrasador.

Claro que las causas del delito son sociales e individuales, tan importantes unas como otras. El delito es la sociedad misma y son muchos los factores ponderables e imponderables que en su dinámica intervienen para que pueda con él el paliativo de lo legal.

Constatado que el 80 por ciento de los delitos son cometidos contra la propiedad privada, el cambio de forma de ésta podría traer una disminución real y efectiva de aquéllos, y si no se pudiera cambiar la forma de la propiedad queda el camino de que todos los hombres se hagan grandes propietarios, ya que, como decía sin darse cuenta de la contradicción aquel famoso artículo de la declaración de los derechos del hombre: La propiedad es sagrada y necesaria para la libertad.

La supresión del hábito alcohólico y alcoholismo contribuirían a que las estadísticas acusaran una real disminución de delitos sociales, pero en cambio los mismos políticos y demás clase "dirigente" en propagadores avanzados del alcoholismo, pues sabemos que no hay campaña política sin que se consuman unos cuantos millones de evasos de alcohol, bebidas blancas o vinos. Muchas veces (en este país) ganaron las elecciones quienes más bebidas brindaran al pueblo, y difícil es el tabernero que no represente una fuerza electoral en el sistema democrático.

La prostitución dicen es mar de delitos. Pero si la prostitución misma es un delito, al cual se ven arrastradas el 98 por ciento de esas pupilas, admirables hijas salvadoras del amor, que caen en la blenorragia y avariosis, o en las dos juntas a la edad de diez y ocho años.

En muchos países la ley la prohíbe, y existe igual. En cambio en otros la consagra y crea el inmenso e inexplicable delito de ser a su vez

explotada por el Estado, fijador de impuestos y cobrador de patentes. Estados, municipalidades, comunas, policía, viven sobre la prostituta... para moralizarla. La trata de blancas la inicia la ley y la sigue el cañen y el gendarme...

La supresión parcial y el combate eficaz de flagelos como la sífilis, tuberculosis, etc., traería una grande disminución de esa criminalidad relativa que es a medias y hasta irresponsables.

Todo vive unido en la sociedad. Imposible modificar la miseria, prevenir la tuberculosis y sífilis, borrar la prostitución. Hay una unidad tal que uno e stodo y el todo es uno. Sólo una mutación social traería nuevas esperanzas en la disminución del delito. Seguramente no la total desaparición. De todas maneras así habríase paralizado para siempre ese torbellino en constante aumento, agigantado hasta la hipertrofia de dos siglos a esta parte. Ilusión perdida o de mala elase la de fiarse en las leyes que no tocan para nada la médula de la sociedad. Vana también la de modificar consecuencias y grupos por medio de leyes penales bulliciosas y dictadas por el odio.

¿Sirve de algo la ley? Para contener el delito ha demostrado mil veces una incapacidad probada. Si el delito viene es porque lo produce el individuo y la sociedad, y si la ley es impotente para modificar uno u otro, lo es igualmente para modificarlo o disminuirlo.

En cincuenta años la práctica y la represión de la delincuencia por Estado fué lo más torpe y torcido que imaginarse pueda, y seguirán por muchos siglos existiendo cárceles, y para todo espíritu sereno, también la duda de que quién en última instancia las merece.

En una sociedad como la nuestra, lo normal es el crimen, es la gran institución internacionalmente organizada por la autoridad. Las formas sociales de la delincuencia hay que buscarlas en la sociedad misma. Pavorosos son los aumentos que verifican las estadísticas en las principales naciones salvajes de Europa, después de la guerra. Esta fué no sólo un gran crimen sino una inmensa fuente para crímenes futuros. La criminalidad se ha hecho más precoz. Se inventan delitos nuevos que maravillan por la inteligencia y audacia. Es extraño que no se mate, viole, incendie, descuartice, robe y envenene en mayor proporción que la actual, después de la gran guerra. Hemos de pensar que el hombre posee todavía cualidades admirables si tanto desvió no lo convirtió en un antropófago bien vestido!

En el año 1925 en Italia hubo más delitos que en el período de 1890 a 1900, sin hablar del mayor crimen: la tiranía.

¿Cuántos son los delitos de autores ignorados y cuántos son los delitos ignorados? Miles en cada día. Decíamos, la ley es fuente de delito, porque protege todo lo actual por ser tal y creerlo bueno. Nunca ampara a los hombres, como que nació sin alma y sin corazón. Los delitos de quienes se colocan a su margen y flanco,

para burlarla cómodamente, son más numerosos que los naturales.

No sólo delinque quien se lleva a los tribunales o interviene la policía, sino cotidianamente y normalmente, casi a horas y por miles, lo hacen las clases dirigentes y dirigidas. Por cada mil delitos conocidos hay novecientos de autores desconocidos y diez mil realizados sin que tenga intervención la llamada justicia del rey o de la democracia.

Hay una "crisis de represión", "aumenta la criminalidad", claman los partidarios de la violencia sin riesgo, de las reacciones represivas. Efectivamente, en Francia, para citar un solo ejemplo, en 1880, los delitos por autores desconocidos eran 56.000, 110.000 en 1905, y en 1920 pasan de 233.000, y desde 1880 Francia perfeccionó códigos y agregó más de un centenar de leyes para perseguir, contrarrestar o prevenir delitos.

La legislación criminal fracasó en toda la línea. La institución de la pena de muerte no disminuye las ejecuciones, por el contrario las aumenta. Durante la Revolución francesa la guillotina por más que funcionase, fué incapaz de atajar una sola violación de esa inmensa cantidad de decretos cuyo peso ahogó ese monumento tan humano. En los años álgidos de la Revolución rusa, ni Kerensky, ni los bolcheviques consiguieron disminuir un solo delito con la aplicación de la pena de muerte, que tan triste fama diera al zarismo.

La gracia, indulto, liberaciones, amnistías, suelen traducirse en causas de frecuentes crímenes, pues es teniendo en vista estas disposiciones que a conciencia y con premeditación se cometen nuevos delitos y reincidencias.

La suposición de la impunidad, por estar de acuerdo con la ley, multiplica los actos verdaderamente antisociales y crea una cantidad de delincuentes con honor, honradez, honorabilidad y todo.

Si el criminal nace, las leyes criminales son inútiles; si se hace o lo forma el ambiente, o hay una misteriosa determinación desconocida, igualmente son inútiles.

El delito es la pena. Que la sociedad condene a seres humanos a vivir años y años sin libertad en cárceles inmundas donde todo es corrupción y donde las enfermedades sexuales y venéreas se contagian de hombre a hombre, es un crimen imperdonable. Castigar sistemáticamente es tan injusto como delinquir. La sociedad mil veces genera el crimen y mil veces crea la ley para castigarlo. Llegará un día en que se aclaren los espíritus y se vea claramente cómo infinidad de leyes son delictuosas. Cuando nos fijamos en los tormentos del siglo XVIII nos horrorizamos. Estamos ciegos; la ferocidad de nuestras leyes es peor. Hace tres siglos era el inquisidor el que bajo su criterio condenaba a tormentos y torturas salvajes; hoy el mismo inquisidor se llama juez y recurre para la condena a la aplicación de la ley. Los hechos son muy parecidos, algunos cambios superficiales se ve-

PUERTO DE MONTEVIDEO

¡Puerto de Montevideo! ojo interrogante sobre la copa celeste de los horizontes marinos, que nos hablan de la emoción divina de los viajes, y que a nuestro corazón cantan la nostalgia de imposibles aventuras, en la embriaguez de otros mares y en el ansia torturadora de otros cielos. ¡Puerto de Montevideo!, joya en el puño azulado del mar, que como a un corazón, ¡oh, Uruguay!, te oprime en la gloria de sus aguas.

Puerto que sobre el poniente rojo te enciendes con las canciones de los hombres vagabundos, y en las partidas te llenas de fiesta, con las alas blancas de las manos que dan los adioses. ¡Oh música de emoción, esta que hay en tus naves que parten, a la hora de las despedidas, cuando los ojos se llevan cautiva una imagen amada, y en el agua de la melancolía se apaga toda la fiesta de un corazón!

En una pirotecnia funambulesca, como un collar multicolor, enciendes sobre el pecho del mar todos los colores más vivos; y en una hebra de viento hay la risa loca de una mujer bohemia y el aburrimiento de un hombre sensual; y en una cinta de cielo, ojos que imploran lejanas ciudades y corazones que se arrastran en la fatiga de los recuerdos; viejos mari-

rificaron en trescientos años. Las costumbres en la materia son tan feroces como antaño. La ferocidad del contemporáneo sale del hombre y se proyecta en la ley, aunque algunas veces vuelve a apoderarse de él como lo demuestran los acontecimientos de Europa.

Se dirá que la ley sólo es un instrumento social, la forma de expresión de la sociedad y no puede hacer milagros. Muy bien. Entonces suprimámos la ley.

Probado el principio que las considera fuentes de delitos, con suprimirlas nada perderían los hombres. Sin su existencia el delito sería simple. Con su existencia se multiplica en forma y número. Las leyes crean el delito, al delincuente lo hacen muchos factores. La sociedad combate el mal con el mal, a un crimen opone otro crimen, a un delito otro delito. Todas las leyes penales son leyes del Talión. El mal sólo engendra el mal; así nos alejamos cada vez más del bien y la bondad; pero es que una sociedad como la nuestra no puede obrar de otra manera. Sucumbiría. No es con leyes que se protege la sociedad (como no son las drogas las cuales dan vida a un organismo minado) ni va a subsistir, por lo mismo, el orden social actual, por más trabajo y empeño que pongan legislador, legisla, legalista o leguleyo. Es cambiando las fuentes madres de la injusticia y apagando el mal con la voluntad, la acción constante del Bien.

JUAN LAZARTE.

nos silenciosos de corazón sollozante; muchachos ágiles y alegres; mástiles que por la noche enhebran estrellas, y la locura jubilosa de las bocas encendidas como ventanas abiertas sobre el jardín del amor; todo eso hay en tus aspectos múltiples, ¡oh, Puerto! que tiene por alma al mar, al mar ancho y colérico, fantástico y vengativo, en fiesta siempre con todas las alegrías salvajes; mar alucinante, mar dionisiaco, todo se hace ligero sobre tu cuerpo, todo se hace potente bajo tu espíritu.

¡Oh, mar! que perfumas de aromas azules los senos de la noche, y haces frescos los ojos de las estrellas en tus espejos nocturnos. Mar que tan hondamente penetras en el pecho desolado y valeroso de los viejos marinos que viven la felicidad de sus silencios nocturnos; el pájaro de las nostalgias hace nido sobre tus espumas claras, y en tu seno pone sus dorados huevos de las fantasías ardientes, que es pan de los artistas, de los vagabundos y de todos los voluptuosos en el soñar.

¡Puerto! hasta tí llega la caravana errática de los inmigrantes, y te aturden con su algazara en el milagro de su alegría; y sobre todo son los niños inmigrantes los que te llenan de fiesta; ellos como pajaritos de todos los colores, te traen algo del encanto de sus nidos lejanos; niños de Inglaterra, niños de España, de Italia, de Francia, niños de todos los países, abren sus alas cuasi entumecidas por la travesía, sobre tu mano ancha de amigo bueno, y sus ojos se estiran por las calles largas, en un anhelo de volar sobre la vasta ciudad que levanta ante ellos sus prodigios decorativos. El azar los ha juntado a todos y los ha empujado hacia estas tierras en la esperanza de una vida nueva; y sus voces diversas se unen a la canción tumultuosa de tus grúas y al silbato estridente de tus sirenas.

Puerto que tiene la sabiduría de todos los caminos y las tristezas de muchos corazones, entre las sombras, cuando los barcos anclados en las radas son como ojos felinos que centellean entre las sombras por tus múltiples luces rojas, pareces una granada madura colgada de la noche.

JUAN M. FILARTIGAS.

Montevideo.

Todo se cotiza menos la inteligencia y la honradez.

Los escritores y las prostitutas terminan siempre en un hospital.

Un pueblo que deja morir de hambre a sus poetas, no merece tener poetas.

¡RUSIA!

¡Rusia,

ya llegó tu año verde!

Ya llegó tu año verde predicho en las mansas palabras de Tolstoi, el hombre piadoso, y maduro en el gesto resuelto de Lenin, el hombre inflexible.

Ya llegó tu año verde en los pájaros ígneos que flotan al viento transportando la santa consigna y nutriendo de impulsos heroicos tu sangre rebelde.

Ya en los montes ariscos, en las bravas estepas y en los negros suburbios, en los negros suburbios de tus grandes ciudades urentes, estarán con los ojos en lo alto los soberbios y tristes y hoscos vagabundos de Máximo Gorki que en mitad del camino saciaron su sed y su hambre en la mesa fraterna

donde parten el pan del amor bajo un cielo surcado de estrellas.

Ya estarán en los campos feraces trabajando su tierra los *muyíkes*, amantes del sol, que remontan, sosteniendo el arado, las elaras canciones de Biédnij.

¡Rusia,

ya llegó tu año verde!

y se entró a los abiertos talleres floreciendo en abrazos fraternos y empuñando banderas de júbilo; se oyó entonces el límpido verso de Esénin y sonaron las voces pujantes del *obrero-poeta* Vladimir Maiakovski.

Se esparció por ciudades y aldeas el anhelo impetuoso y ahondado de ser libre. Y crugieron los muros hostiles del sepulcro infernal de los vivos y un sol rojo tiñó con su sangre el sudario letal de Siberia, la Siberia mil veces maldita.

¡Rusia,

ya llegó tu año verde!

ya llegó tu año verde sembrando palabras sencillas y fuertes en las almas ingenuas de todos tus niños y en las almas humildes y heroicas de tus santas mujeres que supieron marchar abnegadas a la lucha estupenda por un mundo mejor, y encajó como un símbolo en el pecho de toda la tierra doliente tu martillo, tu hoz y la roja bandera que envuelve en sus pliegues cordiales el anhelo de todos los hombres sinceros del mundo.

CÉSAR TIEMPO.

NOTAS DE UNA INQUIETA

POR

HERMINIA C. BRUMANA

LA FINALIDAD DE ESCRIBIR

Sentarse frente a las cuartillas blancas y escribir, escribir levemente, inofensivamente diré así, es tarea inofensiva, leve también.

Decir las cosas que nos pasan a nosotros, de nuestra vida íntima o privada sin más fin que el desahogo literario, es tan insustancial, tan anónimo, tan inútil al progreso humano, que ya no es posible; no es decente, no es honesto si quiera hacerlo.

La vida actual — una vida espléndida de inquietud individual — pide, exige que se la mire de frente y se la juzgue y se le marque normas para el bien colectivo, dejando de lado el egoísmo de antaño que hacía pensar al escritor al mundo entero suspenso de sus relaciones “con la amada blanca” que lo estaba esperando...

Me sugieren estos comentarios unos versos — muy bien *confeccionados* — de una poetisa extranjera (tomados al acaso de los miles de versos análogos de poetas y poetisas), donde con acento dolorido clama “por el ingrato a quien le brindó la flor de su vida”.

Tengo por costumbre, al terminar de leer cualquier cosa, preguntarme: “¿Qué me enseña esto?”

Hecha la pregunta, después de léidas estas clases de poesías, la respuesta surge fatalmente: “¡Nada!, como no sea enterarme de que la poetisa se rindió a un amor que después le fué ingrato, cosa que a mí no me interesa.”

Belleza, para mí, significa utilidad. Lo que a mí no me perfecciona, no es bello. Si esto no me enseñó a ser mejor, no sirve. No sirve, es papel gastado inofensivamente, tiempo perdido tontamente; ¡y es tan escaso el tiempo!

No le perdono a la poetisa ni le perdono a nadie que me haga perder tiempo sin ninguna utilidad. Cuando estoy sin hacer nada, de codos en la mesa, distraída la mirada, pienso siquiera. Y pensar es trabajar: crear, renovar, destruir. Lo han dicho muchos antes que yo, y lo repito para convencerme bien: esta época necesita no perder tiempo.

Los escritos que no enseñan algo, que no dan normas de vida — buenas o malas, ya juzgará la vida misma — que no tienen una finalidad artística de utilidad que es la suprema belleza, no son aceptables, no son decentes, no son honestos. Hay que escribir para decir algo a los demás no para decirnoslo a nosotros mismos o a un tercero íntimo, cercano...

EL PREJUICIO DEL APELLIDO

Mi amiga Elena Arrera, casada con un señor Durán, no firma — como toda esposa cree obligatorio — el apellido de su marido, sino simplemente el nombre y apellido de soltera.

Es, me consta, amantísima compañera y tierna madre de tres hermosas criaturas, pero para ella todo eso es independiente del apellido de su esposo que no lo agrega al suyo por parecerle una costumbre pueril, sin razón alguna para que subsista.

Cierto día que la nombraron Elena Arrera de Durán, ella explicó sonriendo: “Elena Arrera es suficiente.”

Una dama, al oírla, le preguntó un poco áspidamente:

—¿Para qué se casó entonces?

Mi amiga, mujer inteligente, contestó lo más suavemente posible:

—Me casé para tener compañero en mi existencia, para resultar el complemento de un ser querido y poder llenar en mi vida la finalidad suprema a la que aspiramos las mujeres, pero no me casé para tener otro apellido, pues muy conforme estoy con el que me dió mi padre. Ese de que anteponen las mujeres al apellido marital, implica una dependencia, un signo de posesión antipática en esta época de renovación de valores donde la mujer tiene suficiente personalidad para *ser ella* por sí misma y no por reflejo de los demás. Si yo soy de él, él es mío y con el mismo derecho que a mí se me exige, mi marido tendría obligación de añadir a su nombre el mío, ¿no le parece?

La dama en cuestión no acierta con un argumento razonable que oponer a tan convincente peroración y entonces recurre a una tabla salvadora:

—Pero como es una costumbre establecida...

Mi simpática amiga no la deja terminar. Ahora se ha puesto grave:

—También son costumbres establecidas, más que establecidas, escritas, las leyes. Y sin embargo las leyes se modifican, las costumbres cambian, los prejuicios pasan. Vivimos andando y este progreso trae consigo una finalidad: simplificar la vida. Este prejuicio del apellido marital pasará también, pero necesita, para caer, a los precursores que lo combatan. En este caso, las mujeres más valientes serán las primeras en dejarlo a un lado. Y para estas cosas de borrar prejuicios y modificar costumbres, las más valientes son, deben ser, las más inteligentes...

HERMINIA C. BRUMANA.

EL PESIMISMO DE TCHECOW

Traducción de N. O.

Tchecow, como todos los grandes rusos, se mantiene continuamente en el plano de la conciencia. El significado de la vida, el objeto de la vida, se posa sin cesar en estas cuestiones. Su respuesta siempre es desesperada: «No podemos vivir!»...

De arriba abajo del esqueleto social no hay más que miseria, profunda, irremediable. Material para la masa, moral para el hombre culto. De una parte los esclavos encorvados sobre el trabajo, petrificados por los sufrimientos físicos; de otra, los hombres libres, los intelectuales con la conciencia enferma. Y estos son infinitamente más miserables que los otros. Miserables en el centro de ellos mismos.

La mayor parte de los personajes de Tchecow son vencidos, *rates* en el orden de la vida pura; hombres dueños de un ideal a los 20 años; ideal que se degrada y finaliza en bancarrota antes de los treinta.

Como Dostoyewsky psiquiatra, Tchecow médico, usa de tarados mentales y de degenerados físicos a fin de hacer concretos y vivos sus simples fenómenos humanos.

El simboliza, a la par de los accidentes, las causas fortuitas y visibles que parten en realidad de la psicología normal y de la metafísica. El es el novelista, pintor del individuo y lo que él describe es la materia viva.

Andrés Efymitch, el héroe de la «Sala N° 6» muere loco. Esta locura, de la clase de la epilepsia de Muichkine (el Idiota de Dostoyewsky) caracteriza y pone en evidencia su facultad de éxtasis: no es más que la materialización de una idea, un descenso a la realidad, una figuración imaginada de una angustia psicológica. ¿De dónde viene? Esencialmente de la imposibilidad de adaptación de un individuo un poco superior, ante la mayoría. No puede ser admitido en ella. Debe vivir sólo con su ensueño. De ahí la exaltación. Nada de contrapeso, nada de pruebas, pues nada de lo soñado se realizará nunca. Todo pasa en la imaginación donde todas las fuerzas individuales caminan a su designio sin ningún obstáculo para lograr el máximo de su pujanza. Y luego la proyección de dichas fuerzas en el plano social. ¡Incomprensión! o sea: primer choque. Asombro: primera duda.

El personaje cree ser más fuerte y más homogéneo cuanto más logre el triunfo sobre sí mismo. Pero la conciencia, puesto que ella se desenvuelve compleja, se ha formado. Y a esta altura la conciencia no es más que la conciencia de la propia inconciencia o de lapropia impotencia. Ya no tiene acción. Carece de eficacia. Y la degradación comienza. De ella misma, de las circunstancias, de algún hecho aislado, de alguna resonancia, de algún razonamiento. Se repliega. De secha. Deja ir. Viene el hastío. La no-voluntad, la nada. Es la historia de Andrés Efymitch y de tantos otros personajes de Tchecow esta anécdota elevada. Pero tiene aún otras historias más banales y más lamentables. El destino de Andrés Efymitch es hasta cierto punto trágico. Es la quiebra de un hombre inteligente y generoso. Y que quiebra como los mediocres, como la mayoría de los vencidos de la voluntad y de la inteligencia donde las veleidades se desvanecen apenas nacidas

o ellas no encuentran, si se manifiestan, nada más que bajezas y humillaciones. Estos se arrastran por sus vidas iguales a mendigos que busquen los mendrugos de su felicidad inhallable.

Pequeñas ambiciones contraradas, amores escarnecidos, Tchecow se dirige hacia ellas por medio de una ironía velada, lastimera, simpática. A pesar de todo, en él, se agitan sentimientos sinceros, aspiraciones respetables hacia algo más alto que lo que hay en ellos.

Medioeridad, pero medioeridad dolorosa por el fatalismo irreductible que la acompaña y por la semi-clarividencia que la guía. Por lo menos hay en sus corazones una sensibilidad vieja. Y ella es su fuerza, el objeto de sus deseos, irrisorios acaso, pero al fin y al cabo ellos aman, y ellos sufren. Alrededor de ellos, por el contrario, está el desierto de las indiferencias, de la maldad y de la tontería. Mujeres insensibles, superficiales, y frívolas vienen miserablemente a enturbiar los espíritus, individuos incapaces de amar, esterilizados por los prejuicios, tontos y automatizados por la rutina y por la imitación.

Así, de una parte están los vencidos, los abortados, los fracasados, de la otra parte la vida reducida a nada. Tal es, para Tchecow, el teatro de la existencia. La medioeridad domina, sumerge y ensucia todo en su lodo implacablemente nivelador.

En la pintura de esa medioeridad Tchecow usa de lirismo. Y se entrega plenamente a él como para lograr una suerte de revancha sobre la medioeridad misma. El sigue pasa a paso su desenvolvimiento y su progreso. Baña su lirismo en su atmósfera neutra, monótona, lánguida. Nada de relieves. Grises normas con sordos reflejos: «Tres años», «Mi mujer», «Mi vida», descendientes deplorables destinos. Destinos reintegrados a su propia contextura. Conrad ha dicho: «¡No!, existe el imposible. Es imposible dar esa sensación de vida de una época, antecedentes de la existencia actual con su realidad, con su significación, con su esencia sutil y penetrante». Y bien, esto ha sido para Conrad y en el orden opuesto por Tchecow. Tchecow rinde esa sensación de vida por la acumulación y por la exactitud de los elementos psicológicos. El posee ese poder único de crear la atmósfera donde evoluciona una existencia.

Desesperado, Tchecow hace vivir su desesperación y la justifica con obras de un prodigioso realismo moral.

HENRY DONMARTIN. 1925

(Crítico de la revista «Le Disc Vert»).

Los tambores son más sonoros cuanto más vacíos. En nuestra fauna escritorial abunda el literato-tambor que se desparrama en producciones tan armoniosas como vacuas. «La flecha en el vacío» y «Las tres respuestas», libros recientemente aparecidos, vienen a corroborar incontrovertiblemente nuestro aserto.

RAFAEL BARRETT

Hay artistas y sociólogos cuyo talento delicado y profundo deja en nuestro espíritu una claridad de interpretación, a pesar de su potencialidad y de las múltiples faces que revelan a través de su pensamiento. De muchos de ellos, con una frase, con una fórmula, podemos decir cuál es la esencia de su talento y el "deus ex machina" de su arte. Pero hay otros, que no se pueden catalogar ni de raros, ni abstrusos, ni sensitivos, ni chabacanos, ni extravagantes, ni equivocados, sino sencillos, serenos y esplendorosos — pero de un modo enorme y personal — que, por su propia fuerza, por la deslumbrante verdad de sus conceptos, por la imperante claridad de sus ideas, no pueden ser explicados sino con un torrente de fórmulas, axiomas y principios, entregando el genio a la obra común con una determinada elocuencia.

Pasada la época colonizadora y de piratería de los Adelantados, que España endilgaba a esta América pródiga y exuberante, donde se arrebataron las libertades a los nativos indígenas, llegó esa civilización europea — con todas sus grandezas y miserias — como factor de formación y progreso; también bajo las naves del "Sacré Cœur" el cristianismo anunció su resurgimiento, y un hálito candente ha cruzado sobre América — cuajada de maravillosas floraciones y magníficos frutos — mistificando el concepto de la verdad, como una ley de laboratorio... negando el proceso del siglo sociológico y evolutivo.

Solamente un hombre libertario, un adoptivo, un extraordinario vidente, penetró en esta rica región americana, como un Moisés que llega para redimir esclavos, proclamando el evangelio de toda su vida: la verdad y el amor. Ese espíritu fuerte, con hirsutas barbas, ojos melancólicos, exento de robusteces, adolido y maltrecho, que parecía el símbolo de la Betnamia, vagando, sediento de libertad y de justicia, por los campos de un continente desolado, avaro y prepotente que se gobierna por caudillos y militarotes sin escrúpulos, rompiendo contra los tiranos, la indiferencia y el odio que hay detrás de ellos, hermanando voluntades e identificando espíritus, emancipando conciencias, en una aspiración común y en un ideal afín.

Rafael Barrett no es un desconocido en América, pese a su condición de adoptivo; en ella realizó su obra de filósofo y pensador admirable, prodigándose con un afán y un cariño especial hacia los humildes. Sus ensayos — brillantes como pocos de ese amable género de disertación didáctica — que hicieron célebres a Carlyle, Emerson y otros, inflamando los corazones de los desheredados de la suerte, desperdando energías y virilidades que muy luego formaron el incendio del feudalismo vetusto y secular, marchó siempre sobre un polvo constelado de soles y tremolando las ideas altruistas, que

proclamaron la redención de los hombres, de los pueblos y de las razas.

El apóstol visionario se reveló siempre contra sus opresores, contra la ley y la esclavitud, imponiendo sus convicciones de reformador social.

En medio del fragor de su lucha gigantesca, el autor de "La filosofía del altruismo" aparecía a la manera del poeta Hayen, "Il ne faut pas mourir, il faut disparaître", buscando una rehabilitación en la etapa dolorosa de los odios y rencores bárbaros. Ponía su sensibilidad exquisita, quintaesenciada, agudizada profundamente por tanto dolor y vicisitudes deprimentes recogidas a su paso por la vida. Páginas vibrantes como "El dolor paraguayo", de un fuego y de una energía tales como "Mirando vivir", que el alma humana no puede menos que estremecerse intensamente en "Cuentos breves" y "Lo que son los yerbales"; "Al margen" es una recopilación prolija de ensayos de crítica literaria y científica, preñada de hermosos alegatos y atinadas observaciones. "Moralidades actuales", como "Ideas y críticas", se superan por diversas razones: la fuerza del concepto, la originalidad del estilo incomparable, el vigor de expresión, la robustez de la forma, hacen de Barrett un excelente escritor, el más grande que haya tenido América, no olvidando a Montalvo, Martí y Rodó: la filosofía, la moral, la pedagogía, el arte y la sociología, tuvieron en él un sólido cerebro, ya que su vasta cultura, tan múltiple que las ciencias no tuvieron nunca secretos para sus pensamientos, le permitían abordar sus asuntos con un profundo conocimiento de causa.

En la hora presente de falsas consagraciones, donde los especuladores intelectuales pasean su arrogancia desmedida y no contribuyen a ningún bien común, recordemos al maestro de las multitudes y de los oprimidos, ya que llegó la hora silenciosa de su décimoquinto aniversario, cuando en Arcachón (Francia) prefería morir lejos, acaso como un ave del mar, ausentándose silenciosamente; pensemos acaso, los más sensatos, en aquello que él grabó en "El dolor paraguayo": "la verdad y la justicia, cualquiera que sea la boca que las defienda, no son extranjeras en ningún sitio del mundo". La obra formidable de Barrett, exige un homenaje de justicia en todo el orbe civilizado.

ALFREDO FERRARA DE PAULOS.

Montevideo, diciembre de 1925.

Cualquier obrero tiene el pan asegurado, menos el escritor.

Si un obrero se rompe un brazo el seguro le pasa tres mil pesos; si un escritor se rompe el cerebro la asistencia pública lo lleva al manicomio.

EL ARTE Y LA ARTIMAÑA

De la similitud entre el cantante virtuoso, el equilibrista y el animal amaestrado

¡Vamos, hombre!... Que un elefante camine dócilmente de un lado al otro del picadero, se detenga y vuelva a andar, que se siente sobre las patas traseras y haga equilibrio sobre las otras, que dance y haga mil monadas y vivezas obedeciendo al amansa elefantes; eso, es algo que puede admitirse sin grandes dificultades; que un hombre realice proezas de equilibrio y de agilidad, que exponga su vida lanzándose en el aire al encuentro de un trapico movable, también puede pasar; pero que un tenor o una tiple lance su voz al vuelo y la recoja como si fuera una cometa que se eleva por los aires sujeta de un hilo que la tiene cautiva, y cuando esa voz está por volver al lugar de donde ha partido y del cual no debió moverse, vuelva a remontarse hasta rebasar todos nuestros cálculos y que se pretenda hacernos creer que ese malabarismo del "bel canto" es una manifestación artística... ¡vamos!... ¡eso... no!

El elefante que baila y el hombre que se lanza al vacío son espectáculos muy graciosos y emocionantes; pero en el circo las mujeres murmuran: "¡Pobres bestias, cómo trabajan!", "¡Ay, ese hombre puede romperse el alma!"; y en la ópera, las mismas mujeres se estrujan las manos nerviosamente cuando el virtuoso da un alarido armónicamente calculado, alarido que requiere un esfuerzo similar al que se le exige al elefante para mantenerse sobre una sola pata, o al hombre que se pasea sobre la maroma con lentitud desesperante.

En los tres casos el espectador tiene la impresión de que la prueba es difícil y de que puede fallar la bestia, el equilibrista o el do de pecho.

Este peligro es el que atrae a gran parte del público; el mayor encanto reside en el espectáculo difícil de ejecutar.

Así, en el teatro, durante las grandes partes de las primeras figuras, la emoción artística que podría haber en una ópera es substituída por la admiración que despierta el fenómeno que canta.

En consecuencia

Para que la emoción sea legítimamente artística, debe divorciarse del mayor o menor esfuerzo en la interpretación de la obra.

Ocurre que una tiple describe su dolor con gritos más o menos armónicos y equilibrados, y el oyente, en vez de referir su emoción al asunto del drama o al valor musical, la siente por el drama personal del ejecutante que se halla en peligro de no poder dar la nota requerida.

Hay una parte de ópera que cantada por un

tenor de mucho renombre resulta todo un virtuosismo de "bel canto", pero he oído al mismo tenor cantando un aire popular, bien sentido por el artista y me ha producido una impresión más sana y más sincera. Porque en la ópera el tenor canta y llora por notas, mientras que en la canción el hombre canta alborozado y entusiasta. También hay aires populares en que el canto llora, pero repárese que la canción es entonces como un sollozo toda entera, mientras que en la ópera el sollozo es una canción. Que la canción se convierta por obra de la pena en un sollozo apasionado es lógico y natural, pero que el sollozo se convierta en un cantar lleno de vida, admirable por sus escalas musicales... ¡eso no es posible!

La música puede llorar; pero el llanto no canta jamás: llora, grita, se desespera y vuelve a llorar; las convulsiones del llanto son muy tristes, pero cuando son de verdad no tienen gran armonía. (Tosca: *E lucevan le stelle*; cuando el tenor llora, como tragedia... es muy trágico; pero, como música... resulta muy cómico).

La canción puede contarnos una tristeza, pero la tristeza no puede cantar en forma tal que se haga más potente el canto que la tristeza misma, llevándonos a aplaudir alegremente lo que un segundo antes estaba por arrancarnos las lágrimas.

Y lo que pasa en la ópera es que el artista nos hace olvidar la pena del drama para llevarnos a considerar su voz y su esfuerzo, dignos del mayor elogio como malabarismo y como prodigio, pero que nada tienen que hacer con la emoción artística.

El verdadero artista es aquel que nos hace olvidar su personalidad real para incorporar todas sus condiciones y subordinarlas a la manifestación propia del protagonista creado por el autor.

Siempre que quiera destacarse la habilidad del ejecutante, aunque el pretexto lo dé la obra misma, esa circunstancia vendrá en detrimento de la sensibilidad del artista y del auditor, que olvida la obra para atender al virtuosismo del que la interpreta.

En el fondo, el virtuosismo no es más que un efecto de relumbrón; es el mismo efecto que quieren dar los innovadores y creadores de mala ley; habilidad en vez de arte.

Por esa razón emociona más íntimamente un buen conjunto instrumental en que no haya valores que consigan destacarse por su virtuosismo, sino un conjunto anónimo que da la buena nota, que produce el tono preciso requerido por la partitura, surgiendo unánime y como una voz única, ya sea en una amalgama de armonías o en un solo de sonidos bellos que

EL ARTE Y EL PUEBLO

El pueblo es el único juez sincero y justo en arte.

En el instinto del pueblo se halla desarrollado el verdadero concepto artístico. Es el que únicamente puede dar un juicio decisivo en esta materia, porque nadie, como el pueblo, sufre moral y materialmente las consecuencias de un falso arte.

Dice Tolstoi en su sabia obra "¿Qué es el arte?":

"Centenares de millares de obreros — carpinteros, albañiles, pintores, tapiceros, sastres, peluqueros, joyeros, impresores — consumen su vida entera en pesados trabajos para satisfacer la necesidad de arte del público, hasta el punto de que no hay ninguna otra rama de la actividad humana, salvo la guerra, que gaste cantidad tan grande de fuerza nacional." (Introducción).

¿Cómo no ha de sufrir el pueblo las consecuencias de un falso arte, cuando es él quien lo subvenciona directa o indirectamente?

Véase lo que agrega Tolstoi en su obra ya citada::

"Menos mal si los artistas cumplieran por sí mismos la suma de trabajo que requieren sus

viven por sí mismos, sin sujeción alguna al punto de partida.

El virtuoso admirable es aquel que tiene más la condición de artista que de virtuoso. Para ejecutar las sonatas para piano de Beethoven, la Sonata a Kreutzer o el Concierto para Violín (op. 61), es indispensable que el ejecutante sea un virtuoso, pero más indispensable aun es que sea un artista. En tal forma que no distraiga con su habilidad la atención del auditorio; de un modo tal que se cuide de no hacer degenerar la concepción suprema del autor en un pretexto para admirarnos con su destreza.

Porque el virtuoso no es el fin de la obra artística, sino su medio más perfecto de expresión.

En los coros de la Novena Sinfonía hay un equilibrio que no permite la consideración de un valor personal de la voz humana; a pesar de lo cual existe allí un peligro, cuando se incorpora la voz del tenor a la orquesta, de que éste exagere su parte y distraiga la atención del oyente, llevándolo a considerar su notable voz, cuando lo que hay en realidad de admirable es el hermoso "solo" de la voz humana.

El solo hecho de que a Wagner le haya preocupado desterrar el virtuosismo del teatro y destruir la gran vergüenza de que existieran artistas que supeditaran su producción a la capacidad del virtuoso, lo llena de honradez artística y lo hace admirable.

J. SALAS SUBIRAT.

Dic. 1925.

obras; pero no ocurre así, porque necesitan del auxilio de numerosos obreros. Este auxilio lo obtienen de distintos modos, ya en forma de dinero dado por los ricos (producto del trabajo obrero), ya en forma de subvenciones otorgadas por el Estado: en este caso, el dinero que reciben proviene del pueblo, que, en su mayoría, tiene que privarse de lo necesario para pagar la contribución y no goza jamás de lo que llaman esplendores del arte." (Cap. I).

Esto último sucede porque el "arte" que en la actualidad prepondera es falso.

El arte, según el mismo Tolstoi, "es uno de los medios de comunicación entre los hombres", ("¿Qué es el arte?", Cap. IV) "y debe hallarse acorde con la religiosidad de la época." (Ibidem, Cap. V).

Se entiende por religión "la ciencia que distingue lo bueno de lo malo" (Ibid.), el ideal "que se forma del sentido de la vida y de lo que se considera como bueno o malo en esta vida." (Ibid.).

Según lo sentado por Tolstoi, se deduce que nuestra actual religión es la "fraternidad humana" (ob. cit., cap. V).

El pueblo, instintivamente, rechaza toda obra que se reputa "artística" que no se halle de acuerdo con esta última definición, porque él es quien más anhela que se realice esta "religión" o "ideal".

Nadie, como el proletariado, sufre las consecuencias morales y materiales de un falso arte.

Esto es evidentísimo, pues lo que se llama arte falso o "arte por el arte" es practicado por "escogidos", por hombres de elevadas posiciones sociales y, por consecuencia, mucho se cuidarán éstos de manifestar en sus obras los injustos privilegios que ostentan sobre la otra clase social. De aquí que el arte sea considerado por ellos como mero pasatiempo, en lugar de cederle su verdadero cometido; llaman a esto "arte por el arte" — que en verdad es cual si dijéramos "caminar por caminar", "comer por comer", sin que nos mueva necesidad alguna — y aseguran que la belleza es el único objeto del arte.

El arte no es un motivo de entretenimiento, no es un vistoso juego de malabares, y esto lo entiende claramente el pueblo.

Téngase por indicio cierto de que toda obra que no conmueva al pueblo, o no subsista en su memoria, no es obra de arte.

Pregúntese, si no, a un hombre del pueblo si conoce a Rubén Darío, a Baudelaire, a Verlaine...; contestará que no, y, si por una casualidad providencial tiene conocimiento de ellos, al serle inquirido si le agradan las obras de dichos escritores, seguramente responderá en forma negativa.

¿Cómo han de conmoverle esas obras, si a él no le dicen absolutamente nada?

En cambio, dígamele si le ocurre lo mismo con

Zola, Gorki, Tolstoi...; no solamente le habrán conmovido las obras de dichos artistas, sino que, además, ama a estos últimos.

Se ha presenciado esta escena en una exposición de bellas artes:

Entre las personas que recorren las diversas galerías de cuadros y esculturas expuestos, se halla un grupo de obreros.

Observan las distintas telas en actitud tímida, con los viejos sombreros en las manos.

Detiéndose ante un cuadro.

Este les muestra una mujer desnuda, con sus mórbidas y sonrosadas carnes expuestas al sol, en medio de un florido bosque.

Como se ve, es un motivo sensual.

Los obreros se alejan indiferentes. Unos dejan escapar suspiros de impaciencia; otros, los menos, guiñan sus ojos con malicia. A ninguno de ellos impresionó la "obra".

Detiéndose ante la pintura inmediata, que representa también una hermosa joven desnuda, que huye por una inmensa pradera, perseguida por un sátiro.

También es sensual. Pertenece a la "escuela del Renacimiento."

Se alejan también de esta tela impacientes, hastiados y con un dejo de sensualidad en sus espíritus.

¿Qué les han dicho estas obras a los obreros? ¿Pueden conmovérlos estas pinturas que representan mitos y voluptuosidades que se han hallado sólo en los espíritus de otras épocas? Ni aun les queda el mérito de lo verdadero.

Los ojos de nuestros trabajadores se fijan en otro lienzo.

Se representa en él un hogar obrero. En primer término se ve una modesta cocinita, apagada y sin un trozo de carbón; un pequeño y burdo catre con escasas y rotas mantas; un viej obaúl. Sobre una silla de paja está sentada una mujer de rostro demacrado, en el que atisba la tisis, y en cuyos brazos reposa un endeble niño, prendido al pezón de uno de sus senos exhaustos. Un obrero roto y triste, en segundo término, que observa por una ventanilla, poseído de una indignación furiosa, cómo trabaja una fábrica cercana... En suma, la visión terrible y realista del paro forzoso y el hambre.

Aquí los humildes visitantes se detienen admirados. El alma del artista que produjo el cuadro consigue comunicarse, impresionándolos, con los corazones de los obreros.

"Desde que los espectadores o los oyentes experimentan los sentimientos que el autor expresa, hay obra de arte." (L. Tolstoi, ob. cit., cap. IV).

Pero estos sentimientos deben, necesariamente ser elevados para que la obra sea reputada artística. (Ibidem).

Los obreros que observan el cuadro sienten que sus espíritus se emocionan. En efecto, ¿cómo podrán sustraerse de pensar que la pintura les muestra una de las tantas situaciones dolorosas de sus trágicas existencias?

Pasan luego a la sala en que se exponen es-

culturas. Indiferentes se pasean en medio de las muchas obras expuestas.

En general la mayoría de ellas son trozos académicos posturas irreales y voluptuosas, dioses fabulosos...

Los menstrales se fastidian entre aquellos mármoles y bronce. De pronto distinguen una obra que los exalta: es el cuerpo desnudo de un anciano obrero. Sus miembros son delgados, sus músculos flácidos y gastados por el excesivo trabajo y el hambre.

También en ésta descubren los obreros otra fase de su vida, ¡su porvenir!...

Meditemos sobre las obras que han impresionado a los trabajadores visitantes.

La primera nos muestra la desolación en que sume al obrero la diferencia de clases. Nos induce a preguntarnos: ¿Por qué esa familia sufre tan horriblemente? El hombre desea trabajar, ¿por qué no se le da trabajo? Porque al dueño de la fábrica no le conviene; si lo acepta en sus talleres le ocasionará pérdida. ¿Qué derecho invoca él para vivir holgadamente (¡sin trabajar!) y hacer que esa desdichada familia perezca de inanición?

Cumple con el precepto tolstoiano, porque tiende a la "fraternidad humana".

Contemplemos la escultura.

El artista nos muestra cómo consigue el insaciable patrono, con su excesivo trabajo y pobre remuneración, hacer que, a la larga, de un hombre (¡de su hermano!) surja una piltrafa humana.

Cumple también ésta con la teoría de Tolstoi.

Los demás cuadros y esculturas, los que nos muestran mujeres en actitudes voluptuosas, personajes mitológicos, bronce triviales, imitaciones de imitaciones, acarrear al proletariado consecuencias mucho más serias y perniciosas de lo que a primera vista parece. Contribuyen a producir un "maremagnum" en arte, lo alejan de su verdadero cometido y, como él se halla muy íntimamente relacionado con la lucha de clases y la revolución social, ocasiona en el pueblo el desorden, retardando su liberación.

Felizmente el pueblo posee, por instinto, la facultad de distinguir el arte falso del verdadero.

Y, como otro de los múltiples hechos que vienen a abonar lo sostenido por Tolstoi en sus obras "¿Qué es el arte?" y "Lo que debe hacerse", estamos presenciando en la actualidad cómo surgen los verdaderos artistas del regazo del pueblo; hombres oscuros, inteligentes y pléticos de ideal; hombres que ganan su existencia rudamente, como la Naturaleza lo exige: con el trabajo; hombres robustos, mental y físicamente, que lo mismo saben forjar, martillo en mano y sobre el yunque creador, un objeto útil a la humanidad, que apoderarse de la pluma y escribir con tinta de su corazón páginas fraternales.

Estos son los "artistas del porvenir" que nos anunciara el humano maestro.

ARMANDO ENEAS.

LO INSENSIBLE EN EL ARTE

El arte es una modalidad especial de lo sensible. Al decir especial, no queremos creer que sea solamente una forma o un momento único de la vida, sino refiriéndonos a la sensibilidad animal.

Pero cuando toda nuestra poderosa fuente perceptiva está alerta, con el sutil propósito de no perder una línea de las formas que tan prodigiosamente varían a cada segundo, sucede un fenómeno raro, por así decirlo; la ley eterna de lo "insensible" nos sobrepuja hacia otros horizontes y la pequeñez del artista es visible a poco trabajo.

Hay un afán a lo infinito, a lo misterioso, a lo trascendental. Lo que el ojo artístico no percibe, no ve, no puede plasmarse. Ya de suyo le es difícil lo que admira y coteja todos los días. Lo que hiere el ojo del creador muy bien, pero si las pretensiones llegan hasta suponerse una sensibilidad exquisita, esa misma "exquisitez" puede malograrlo. Ya no son los órganos perceptivos vulgares que todo el mundo ve y corrige... El artista entonces se cree un vidente y es mortalmente herido por la ceguera, se siente genio, semidios y es un imbécil... Todos aquellos que os hablan de "exquisiteces", "modos especiales de sus almas", "problemas individuales especiales", o los otros, que penetran a ojos cerrados en las modalidades más delicadas de las cosas, es una falsía. Los más genuinos y puros por lo menos se engañan a sí mismos. Zonza Briano nos embriaga con césped, luces de bengala e incienso. Parecen chiclelos jugando a los héroes... A mi ver es un infantilismo psicológico característicos de los pseudo-artistas.

La transición de lo material a lo insensible, es lo mismo que de lo material a lo vivo. Pero es que la vida del hombre, artista, genio o idiota, gira alrededor de un mundo eterno de sensaciones. El idiota es sordo a lo que pasa, el genio es sordo a sí mismo: el artista plasma. A los artistas subjetivos les diremos idiotas, a los creadores, geniales. El artista-genio pone como tercer elemento en la obra de arte, algo suyo, el artista pagado de sí se desnuda completamente en ella y no nos interesa. Hay que tener en cuenta que la humanidad vistiósse porque se repugnaba a sí misma. Es tan feo un artista con traje de playa y fumando en pito, por vanidad hereditaria!

Crear es observar con justeza, no es parir de la nada. El cerebro del artista no puede crear una vida porque la vida está virtual y categóricamente en él. Se es genial a veces por el poder del contenido ideológico: lo vasto, lo grande. Otras veces, porque descifran certeramente aspectos al relacionarlos con la humanidad. Marx y Darwin son genios sociales, verdaderos genios. Zonza es un "genio" en su taller; cuando sale a la calle es un engreído. Sin embargo modela, cuando quiere, bastante bien.

Las obras "animadas" las interpretamos por la noción de la conciencia, en grado pequeño, de nuestra propia vida. Es un fenómeno de la sensibilidad experimental en parte personal. La interpretación de lo material entra en los conocimientos intrínsecos del hombre por medio de la extensión, etc.

¿Pero quién percibe la verdadera sensibilidad de lo insensible? Ninguno. Cuando algunos artistas discurren sobre este tópico siento náuseas y verdadero dolor por las energías malogradas. La insensibilidad es un absurdo. Del arte es su gran escollo.

Las ansias a lo infinito, al "más allá", es un caso sintomático de desorden en la psiquis del artista. Cegado por su religiosismo interior — forma dada de egolatría — no percibe la aritmética ni ve el cuadrado de cuatro distancias iguales puestas aparentemente en divino desorden. Ellas exclaman: "el mundo es la manifestación de algo superior a los hombres; nosotros somos los escogidos para manifestarlo al común de los seres y perfumarlo con la exquisitez de nuestra alma insobornable."

El artista olvidó la ley matemática de la geometría del mundo. No sostenemos que tal vez el mundo esté inteligentemente viviendo por la armonía numérica de fuerzas, etc., sino que el hombre todo lo equilibra con número y medida desde su nacimiento hasta la involución. El ojo es limitado en sí mismo, puesto que ve "una porción". La experiencia estomacal nos hace calcular antes una cantidad de alimentos, y esto es continuamente. Esto, que no se le atribuyó importancia dentro de los dominios estéticos, la tiene en demasía, porque el que está "midiendo" todos los días, no podrá jamás comprender las desordenadas pretensiones de quienes han roto, sobre todas las cosas, la observación experimental de su vida. Si el artista descuida la extensión pierde su mejor aliado.

Las escuelas ultramodernas no son nada más que el ansia a lo insensible, puesto que todas ellas están llenas de "no emoción", además de ser hijas del impresionismo y del expresionismo por otro lado. El artista no puede desviar el cineel razonablemente de la percepción humana.

Puede ser posible que en otros lugares celestes tengan su manera de "sensibilizar" la percepción de sus mundos. Esto es incomprendible para nosotros. Nuestra asimilación por los sentidos es nuestra, porque el mundo "habitable", para nosotros, está constituido con elementos "habitables" también. Yo no creo en el mundo como una representación moral. De lo contrario la sensibilidad sería de especial acuerdo a aquellos otros elementos constitutivos.

A los artistas que les parece poco el mundo les diré que toda la evolución es del hombre... Os habéis olvidado de ello, pero "ello" impera; es vuestro torpe verdugo.

El valor de la animalidad y su marcha infinita estriba en el roce. Los seres están continuamente rozándose. ¿Por qué el artista será ciego a la vida exterior y al choque de su animalidad con otras? Si la erosión exige carácter y no se le tiene no es justo escudarse en el sistema linfático de la negación a luchar.

La sensibilidad es un torrente con "ojos" que penetra en el corazón del mundo... La insensibilidad es la no percepción... Como el más allá de la luz es la sombra...

La sensación subjetiva de la madre será una para el emotivo, mil tal vez su importancia para el verdadero artista. El subjetivo busca motivos para excitar las cuerdas de su corazón sentimentalista, el otro la lógica y la verdad de las cosas para la conformidad con el exterior y su capacidad intelectual.

El primero se encuentra de continuo, el segundo se busca infinitamente. Aquél se emociona ante la madre grávida, éste penetra en la verdad del mundo apartándose del sentimiento "paternal" — en parte — para acechar el fenómeno social y objetivo. Y esto dará riqueza psicológica y lógicamente no carecerá de emoción.

Explotar sentimientos primordiales es lo más fácil y logrero, lo difícil es estudiar el por qué de sus distintas manifestaciones.

¿En el vientre arqueado de su esposa no ve el chacarero un futuro peón barato para su chacra?

¿Es todo emoción incólume, pura, hostial, en el cerebro y en el corazón del próximo padre de familia?...

Así vemos cómo se rompe en mil problemas distintos una sola idea emotiva, la paternidad.

¿Por qué negar la importancia de la vida por un "más allá" inexistente?

La belleza en el arte es la mecánica de lo vasto, con el concepto intelectual del artista — valor matemático de la obra.

Puede estar el valor-eje de la obra contenido, como por ejemplo, en Florencio Sánchez o los realistas descriptivos, pero su fin es evidente y objetivo: la desigualdad social. La terminología de belleza es elástica y a veces se aplica inapropiamente, pues una sensación de belleza no siempre se determina claramente en nosotros, pero el uso nos la hace usar imperiosamente. El fin del arte no es ni la belleza, ni el academismo, ni lo trascendental, sino el transporte de la realidad — hecha problemas por el artista — al papel, la arcilla o el verso.

Aunque sencillo parezca, es más difícil que toda la estúpida extravagancia de la emoción ante el infinito indescifrable o del contentamiento del Narciso que llevamos dentro de nosotros.

Ni con los subjetivistas escépticos, ni con los cristos pródigos, ni con el garrafal de los trascendentalistas.

BIBLIOGRAFIA

LAUTREAMONT Y LAFORGUE, por G. y A. Guillot Muñoz.

Priman en la literatura americana, sobre todos los demás géneros, las obras de imaginación: poesía, cuento, novela, etc. Diríase que la impetuosa fantasía del hombre de la pampa, que el extranjero toma típicamente por indígena, no se ajusta a otra forma literaria o, mejor dicho, rehuye por instinto las disciplinas de exclusiva base intelectual. De ahí que merezca señalarse con una piedra blanca la aparición de algún libro de esta naturaleza como es el que nos ocupa ahora.

Gervasio y Alvaro Guillot Muñoz, ventajosamente conocidos a través de la «sección francesa» que tienen a su cargo en *La Cruz del Sur*, importante revista que aparece en Montevideo, nos ofrecen en este libro sobre Lautréamont y Laforgue, un completo estudio crítico sobre ambos literatos nacidos en el Uruguay y que tan alto puesto han llegado a ocupar en las letras francesas. Si bien la parte del libro consagrada a Laforgue muestra por sí sola el alto criterio de los comentaristas, tal concepto se encarece y cobra la mayor importancia con el estudio sobre el conde de Lautréamont, el cual hace sobremanera interesante el libro de los Guillot Muñoz tanto por las numerosas noticias que aporta sobre la misteriosa vida del autor de «Les chants de Maldoror», como por el análisis crítico que contiene. Es un valioso esfuerzo digno de elogio, pues aparte de ser de un orden literario poco frecuentado por nuestros escritores, dicha obra servirá de estímulo para aquellos que sientan alguna vocación por los trabajos críticos, algo más difíciles que la banal confitura retórica.

TESEO, por E. Dieste.

Bajo este título, el conocido crítico uruguayo reunió en un volumen diversos estudios sobre pintura, escultura y arte nacional, algunos de los cuales fueron ya publicados en revistas. Consta este libro de dos partes: una teórica, diríamos, que comprende varios ensayos sobre técnica pictórica, clasicismo y academismo, cubismo y futurismo, y otra que lleva el título genérico «Arte nacional», consagrada a analizar la obra de distintos pintores, escultores y dibujantes de su país, tales como Cúneo, Etchabarne Bidart, Figari, Michelena, Pastor y otros.

CAINES DE LA VIDA, por Cayafa Soca.

Como los dos anteriores, este libro apareció recientemente en Montevideo. Se compone de más o menos treinta cuentos, escritos al margen de la vida humilde y el dolor callado de los menesterosos. Como dice Juan M. Pilartigas en el prólogo, este libro «tiene ese aspecto marcado del arte que retorna hacia el Hombre, la única criatura de supremo interés dentro de las líneas inmóviles de los horizontes, bajo la soledad fina de las estrellas». Retorno hacia el hombre saludable y vital, especialmente ahora que se habla de la «deshumanización del arte» y otros abrumadores descubrimientos... El señor Cayafa Soca no siempre logra desarrollar felizmente los motivos que elige, no obstante lo cual hay varios relatos notables por la emoción que despiertan, dentro de una perfecta forma sintética.

APOSTILLAS A LA VIDA LITERARIA

POR

LUIS RICARDO VISCONTI

POCAS PALABRAS SOBRE ETICA PERIODISTICA

Innúmeras publicaciones de todo género se fundan y se funden en nuestra metrópoli. Es caso número de ellas puede llegar a ostentar el anhelado cartelillo: año II... Es que pocos periódicos, si sus hacedores tienen dos dedos de vergüenza y honradez profesional, pueden subsistir en este país frívolo y corrupto. El periodismo, como la familia, la moral, el arte, la vida misma, está aquí industrializado y capitalizado. Es decir: prostituido. En esta forma, la prensa actual, salvo contadas excepciones, está fabricada por viles comerciantes. Decir en nuestro país que el periodismo es un género literario, es mentir. Y es insultar a la literatura... El periodista argentino es por lo común un hombre más venal que la última mujer. Más rastroero que el último lacayo. Más falso que el último cura. Más charlatán que el último comerciante. Más embustero que el último político. Por eso mucha gente escucha antes a un almacenero que a un periodista. Los diarios grandes — cuarenta o cincuenta páginas — tienen una moral más negra que la tinta de imprenta... Los periódicos proletarios traen cuatro páginas y no publican avisos. En cambio, dicen la verdad. No usan máscaras. El periodismo de antes, de ideas — buenas o malas — ha desaparecido casi por completo. Se lo tragó la libra esterlina, el capitalismo.

De las revistas, no hablemos. Será mejor. No queremos insultar... De las revistas con vida estabilizada hay dos o tres que son buenas. Nada más. El resto es completamente abominable. Publicaciones hechas por gente inescrupulosa, sin decoro, sin amor al oficio. Gente que no conoce la conciencia ni de nombre. Gente que medra a la sombra de la estupidez, la indecencia y los gustos rufianescos de una porción enorme del público. Gente sin inteligencia que, quizá para vengarse, corrompe la inteligencia de los otros... Gente villana, periodistas de nombre solamente, que satisfacen y explotan las más bajas y viles pasiones que atormentan el alma babosa de las multitudes declinantes y corrompidas. Cocainómanos de la inteligencia, tenebrosos del espíritu, mercaderes de la pornografía. Hay mucho de podrido en este país capitalizado. La familia y la moral están corrompidas y caducas. La decencia es un mito. La honradez, otro mito. La honradez y la decencia, asquedas ante el espectáculo de la sociedad burguesa, se han refugiado en las cárceles y en los burdeles. Mil garras venenosas y dañinas se hunden en la flaca carne pecadora

de la muchedumbre torturada. Se vive en el cieno más asqueroso. En el maldito fango moral, que es el peor de todos los fangos. Parte de esta culpa inmensa corresponde a los periodistas burgueses. Da pena y asco, pero es así. Hay hombres que, con tres novelones licenciosos, dos relatos policiales de crímenes repugnantes y unas cuantas fotografías insípidas, componen una revista y, haciendo ludibrio de la cultura, insultando al público, la lanzan a la circulación. Por supuesto, el público se arrebató los ejemplares... Hay gente que da de comer a quienes la insultan. La lujuria y la imbecilidad trastornan muchos cerebros. Todo esto ocurre porque nuestra tan cacareada cultura, minada en sus cimientos, flaquea y vacila, amenazando derrumbarse. Y es justo que tal le suceda, por falsa y exclusivista. Es falsa por estar construida sobre una moral añeja y un régimen pútrido. Y es exclusivista, además. En este país se instruye sólo el que tiene dinero y quiere hacerlo, lo que rara vez ocurre. Por eso hay tantos imbéciles ociosos y existe una incultura tan enorme, tan aterradora, en nuestra población. Aquí la cultura no es intelectual sino caballar... El Hipódromo — donde se roba oficialmente — lo confirma. La cultura, bajo el régimen capitalista, está vedada, precisamente, a los más inteligentes y capaces. Así hay en este suelo una juventud con sed de ciencia — que es sed tan atormentadora como la de amor — destinada a morir de sed. Tantas infamias enconan el ánimo y tornan rebeldes a las personas que tienen un poco de sentimiento. Las malas revistas, los malos periódicos, resultan así una de las muchas bellezas de la sociedad capitalista.

Como brillante contraste, en medio del lodazal inmundo del periodismo contemporáneo, álzase — es justo consignarlo — publicaciones como la nuestra, de valiente sinceridad, de ideas meditadas, de definidos ideales. Por eso, quienes en LOS PENSADORES escribimos, podemos andar con la cabeza alta y la conciencia tranquila, placer moral que jamás conocerán los otros...

SELECCION DE PENSAMIENTOS

Bernard Shaw

La cobardía es universal: el patriotismo, la opinión pública, los deberes familiares, la disciplina, la religión, la moralidad, no son más que nombres finos hechos para intimidar; y la crueldad, la glotonería y la credulidad mantienen a la cobardía dentro de la continencia.

Ningún hombre puede llegar a ser un especialista puro sin ser un idiota en el sentido estricto de la palabra.

No déis a vuestros hijos una instrucción moral y religiosa a no ser que estéis seguros de que no la tomarán en serio.

Cuando un hombre necesita matar un tigre, decimos que es un deporte: cuando el tigre necesita matar al hombre, decimos que es ferocidad. No es mayor la diferencia que existe entre el crimen y la justicia.

Los ladrones se sintieron vengados cuando Carlos Marx demostró que los burgueses están convictos de robo.

JARDIN ZOOLOGICO

(Nuevos ejemplares)

Josué Quesada.

Es en las letras, Quesada,
un verdadero animal
—tipo: cronista social—
que, con pluma almibarada,
escribe, el pobre, muy mal.

Manuel Carlés.

Bufón del patriotismo,
viejo gárrulo y cargante,
prócer de cartón, pedante,
arquetipo de idiotismo:
es Carlés, el declinante.

José Gabriel.

Escribió cuatro pavadas
y, lleno de pretensiones,
Gabriel quiso dar lecciones...
lecciones envenenadas,
cubriendo bajas pasiones.

PERLERIA

Bien examinado, el señor Alfredo Bufano debe ser incluido en la categoría de los poetas "fifis" y "remononos", si bien participa de algunos caracteres de los "díafanos". Un ejemplo convencerá al lector. El señor Bufano se ha expuesto a la vindicta pública dando a luz — en el diario "La Prensa" — unos abominables versitos rotulados "Pureza", en los que dice, entre otras pavaditas encantadoras:

"¡Mi vida es un remanso
de agua fresca!"

Cuando un bimano tiene una cara tan romántica como la del señor Bufano y dice que su vida es "un remanso de agua fresca" — ¡qué afortunado, con estos calores! — ese bimano tiene que ser, fatalmente, un poeta "remonono", dulce y puro, que todavía canta a la luna y a los pajaritos y cree aun en la virginidad de las muchachas.

Nosotros, para consolarnos, después de leer a Bufano, releímos alguna página de "Versos

de la calle", el libro de Alvaro Yunque, el cual, como es un poeta verdadero, no escribe en "La Prensa" sino en "La Protesta"...

El evangélico explotador Constancio Vigil acostumbra copiar en sus revistas, cuentos y artículos, destrozándolos como si sobre ellos hubiera pasado un omnibus... Así, en el número 401 de la declinante revista "Atlántida", mutila audazmente la novela breve de Papini intitulada "Sin ninguna razón" — publicada, en traducción completa, en el número 104 de LOS PENSADORES — suprimiendo párrafos, desfigurando otros, etc.

Hazañas como la denunciada son realizadas a diario — en revistillas inferiores tipo "Atlántida" — por ciertos osados piratas de las letras que han trocado la pluma por las tijeras...

Observando las páginas gráficas de la prensa burguesa se contempla, mejor que en un estudio sociológico, la moral invertida de la sociedad actual. Se ve allí, al lado de la fotografía del vanidoso entontecido, el desnudo de alguna actriz de teatro libre; junto a la nota roja del último asesinato, el retrato de alguna mujer de la llamada "alta sociedad" que, por diez centavos — precio del periódico — nos enseña su escote y sus piernas...; y cerca de la fotografía de algún ilustre pugilista, el grabado que nos muestra a dos novios, saliendo de la iglesia, en impúdica exhibición burguesa... Todo lo cual es muy significativo y revelador de la podredumbre que roe al régimen capitalista.

A cada paso vemos emplear impropriamente el verbo "trepidar", con todos sus derivados, como equivalente a vacilar, dudar, etc., cuando en realidad "trepidar" significa — una visita al olvidado diccionario convencerá a cualquiera — temblar, retemblar, estremecer.

No olvidemos que sólo desprecia la gramática quien no la conoce...

LOS HOMBRES HONRADOS

En la imitación — escribió el genial socialista Anatolio France, en su famoso "Crainqueville" — debemos buscar las causas de la mayoría de las acciones humanas. Ateniéndonos a la costumbre, pasaremos generalmente por hombres honrados. Se llaman hombres honrados los que hacen todo lo mismo que los demás.

COMO COMBATIR EL LIBRO PORNOGRAFICO

El remedio para combatir los libros licenciosos no se halla — como suponen muchos — en medidas dictatoriales dadas por la autoridad, medidas cuya eficacia es sumamente discutible. Porque aunque la autoridad prohíba esos libros, lo mismo se imprimen en cantidades y son exhibidos, en forma más o menos audaz, debido a la clásica venalidad de los funcionarios. Por otra parte, todos sabemos que el Estado es semianalfabeto y capaz, por tanto, de tolerar la

venta de cualquier novelón pornográfico y, en cambio, prohibir alguna obra clásica, como en ocasiones ha sucedido...

El verdadero remedio contra la ola pornográfica, hállese en la educación de los individuos, desde su infancia. Deben ponerse en manos de los niños obras que informen clara, amplia y naturalmente de la cuestión sexual, sin falsos pudores malentendidos. El hogar y la escuela, en una acción conjunta, no debían hacer un misterio pecaminoso del acto más natural. Pero todo esto, que es el camino recto y sencillo, se aviene poco con la detestable mojigatería de las familias burguesas, donde los hombres son desprecupados y llenos de prejuicios y las mujeres viven en la ignorancia, fanatizadas por el obscurantismo del dogma católico.

Y ese aborrecible pudor — que da margen a los libros y dibujos pornográficos — se revela hasta en los detalles más nimios. Citemos un caso. Hay diccionarios que ostentan multitud de arcaísmos olvidados e innecesarios neologismos y, en cambio, no contienen, por ejemplo, las palabras sífilis, ramera, y otras igualmente pecaminosas... Es cierto que los diccionarios castellanos vienen de España, y España es, en este punto, el país más atrasado del mundo. Todo esto nos demuestra que la hipocresía florece aun en la tierra.

F R A S E S

—Nunca pisé un tranvía — dice cierto autor que quiere parecerse a Larreta.

—¡Ojalá un tranvía te pise a tí!... — murmura, al oírlo, un humorista de "El Hogar".

Para los que critican la literatura de la izquierda: "Si de algo sirve la envidia en el mundo, es para saber donde está el mérito." — *Benavente.*

—He leído una imbecilidad firmada por Martínez Zuviría...

—No me extraña: si la firmaba Martínez Zuviría tenía que ser una imbecilidad...

LAS PALABRAS CRUZADAS

Nosotros creíamos que las palabras cruzadas, entretenimiento de holgazanes e ignorantes, habían pasado ya — o estaban por pasar — a la historia del idiotismo humano. No debe ser así, sin embargo, cuando en el suplemento literario (?) de "La Razón" un señor imbécil — no puede ser sino un imbécil — se dedica a hablarnos de ellas. Nos dice, por ejemplo, que en torno de las palabras cruzadas hay dos escuelas: la norteamericana y la francesa. Añade luego una prolija explicación, que no tuvimos el valor de leer, acerca de ambas tendencias. Finalmente, muy serio, nos da sabios consejos para poder resolver tales pasatiempos, con la satisfacción de quien divulga la ciencia... Ese pobre hombre, que tiene el pudor de no firmar — en "La Razón" nadie se atreve a firmar — de

muestra carecer de inteligencia y no tener dos ideas en su cabeza al ocuparse con seriedad de un entretenimiento que, por frívolo e inútil, es un fiel reflejo de esta época de corrupción y atraso mental.

A propósito, recordemos que, cuando las palabras cruzadas inundaron diarios y publicaciones, esta fué la única revista — de las de difusión popular — que no manchó sus páginas con semejantes tonterías, siendo también la única que las condenó: así, en el número 112 de LOS PENSADORES, el autor de estas líneas se ocupó de las referidas sosas charadas, considerándolas en todo su ínfimo valor.

Es que en la "Editorial Claridad" se ha creído siempre — aunque se asombre el señor Vigil — que es preferible tener un núcleo de lectores inteligentes y no una multitud de ignorantes y semianalfabetos.

Ser leídos por personas capaces y cultas: he aquí una satisfacción que, hoy por hoy, pertenece exclusivamente a los del "Grupo de Extrema Izquierda".

LUIS RICARDO VISCONTI.

LA LLUVIA LENTA

Esta agua medrosa y triste,
como un niño que padece,
antes de tocar la tierra
desfallece.

Quieto el árbol, quieto el viento,
¡y en el silencio estupendo,
este fino llanto amargo
cayendo!

El cielo es como un inmenso
corazón que se agre, amargo.
No llueve: es un sangrar lento
y largo.

Dentro del hogar, los hombres
no sienten esta amargura,
este envío de agua triste
de la altura.

Este largo y fatigante
descender de aguas vencidas,
hacia la Tierra yacente
transida.

Bajando está el agua inerte,
callada como un ensueño,
como las criaturas leves
de los sueños.

Llueve... y como un chacal trágico
la noche acecha en la sierra.
¿Qué va a surgir, en la sombra,
de la Tierra?

¡Dormiréis, mientras afuera
cae, sufriendo, esta agua inerte,
esta agua letal, hermana
de la Muerte?

GABRIELA MISTRAL.

MAUCLAIR Y FIGARI

Figari ha obtenido un éxito estupendo en París. Maclair le ha dedicado preferente atención, en un artículo kilométrico y elogiosísimo publicado en el suplemento de "La Nación". Figari está, ya, definitivamente consagrado... para el montón.

Anatole France escribió: "Es un indicio favorable para los libros nuevos, el disgustar a los críticos viejos; si lo aprueban, es seguro que no contienen nada nuevo; si les disgusta, es porque tiene algo original y merece ser leído."

¿Quién es Maclair en la crítica de arte del momento?

Ceró. Maclair es actualmente lo que queda de un hombre bueno y sumamente inteligente que defendió al impresionismo con todas las energías de su bondad y de su talento. Fué algo muy grande y muy bueno; el defensor más completo de esa gran escuela que hizo avanzar un trecho enorme al arte.

Todo eso pasó; nuevas inquietudes, nuevos afanes, han creado nuevas estéticas.

El impresionismo nació y murió en brazos de Maclair. Maclair es ahora un venerable anciano; su inteligencia se estabilizó con la desaparición del último gran impresionista. Quedó cerrada, herméticamente cerrada, a cualquier innovación.

Vejez es decadencia física e intelectual. Los viejos viven del pasado, de lo que fueron, inaccesibles a todo presente que no esté de acuerdo con ese pasado.

Las críticas de arte de Maclair no valen ahora. Nosotros los jóvenes las leemos por curiosidad y por respeto. Las leemos como escuchamos los sermones y responsos de los viejos que nos son queridos. ¡Maclair, te respetaremos siempre por lo que fuistes; pero no podemos inteligentemente, hacer caso de lo que digas ahora del arte del momento!

¿Quién es Figari?

Una aclaración. No me dirijo en realidad a Figari. Me dirijo a sus admiradores. Figari ha dicho muchas veces que no sabe pintar; que pinta esas cosas para tratar de ampliar los horizontes de los jóvenes artistas. No es posible decirle nada ante semejante declaración. Que lo haga si lo cree necesario. Me dirijo a los que quieren imponerlo como a un maestro genial; a los que lo defienden a capa y espada, sacrificando valores reales del arte nacional. No sé si Figari hace sinceramente lo que dice. Me inclino a creer que no; creo que es sólo un há-

bil recurso para ocultar enormes deficiencias técnicas y para ofrecer poco blanco a la crítica sana. No hay pruebas para afirmar rotundamente esto. Será lo que él dice. Bien; pero entonces nosotros diremos la verdad sobre el Figari creado por la admiración de un núcleo de personas; de gentes que ven en el arte nada más que un pasatiempo, un recreo, un pretexto para realizar tertulias amenizadas por su majestad el "copetín". Mucho se ha escrito en Buenos Aires sobre este pintor. A pesar de ello muy pocos son los que saben algo acerca de su verdadera identidad como artista. Veamos.

Hace unos años Gramajo Gutiérrez expuso por primera vez en el salón de acuarelistas. Uno o dos años después apareció Figari, creo que en el Salón Muller. No dudamos al ver esa muestra que el punto de partida de Figari era Gramajo Gutiérrez. Nada más exacto; analicemos.

En las composiciones de Figari, su disposición es idéntica siempre a las de Gramajo; éste se detiene en cada figura, las siente y las anima. Figari no; da más importancia al conjunto. Gramajo es profundo; Figari es superficial, pasa por encima; carece de esa sensibilidad que sobra a Gramajo.

Ha tomado de Gramajo Gutiérrez la composición, el conjunto, lo único que de acuerdo a sus condiciones podía tomar.

En el color de los cuadros de Figari se nota, claro que hábilmente velada, la influencia de Gramajo.

Gramajo es sincero; pinta como siente; es un intuitivo que siente enormemente el color; a veces valoriza con la misma sensibilidad plástica de un cubista. Figari dispone esas armonías de color de la misma manera que Gramajo, pero valiéndose de una técnica que podría considerársela impresionista; digo, podría, por lo mala.

Gramajo no pertenece a ninguna de las escuelas aceptadas por el montón. No pertenece a ninguna escuela. Pinta lo que siente y como siente, absolutamente despojado de influencias; es siempre él. Su personalidad grita desafortunadamente en cualquiera de sus cuadros. Sigue sin saberlo, desgraciadamente, el consejo del futurismo.

Figari tomó lo fundamental de su arte de Gramajo, valiéndose como expresivo de una técnica que puede considerársela, repito, impresionista.

Gramajo toma sus asuntos de la vida.

Figari los toma de los libros; no puede tomarlos de la vida por dos razones: por falta de sensibilidad y porque correría el riesgo, si lo intentara, de parecerse demasiado a Gramajo.

UNA VISITA A BEETHOVEN

Episodio de la vida de un músico alemán

El presente artículo fué publicado en la "Revue et Gazette Musicale", del 19 de noviembre al 3 de diciembre de 1840, y luego, bajo el nombre "Un pèlerinage a casa de Beethoven", entró a formar parte de las obras completas de Wagner (Gesammelte Schriften und Dichtungen von Richard Wagner, Leipzig, E. W. Fritzsche, editor, 10 volúmenes, 3ª edición, 1897). La traducción que ofrecemos a los lectores ha sido hecha teniendo en vista las "Œuvres en Prose de Richard Wagner", traducidas al francés por J. G. Prod'Homme (Librairie Ch. Delagrave, editor, primer tomo) quien manifiesta lo siguiente: "Las notas agregadas al texto son la indicación sumaria de fechas y hechos, o de las variantes, a veces muy significativas, entre el texto francés de la "Gazette Musicale" y el texto alemán de las obras completas". La presente traducción, pues, es directa del original escrito por Wagner en francés y aparecido en la "Gazette Musicale" dentro de las fechas indicadas más arriba, teniendo en cuenta, además, las acotaciones que, en vista del texto alemán reescrito más tarde por Wagner mismo en este idioma, hizo Prod'Homme al publicarlas en forma de libro para los lectores de habla francesa. — J. S. S.

Pobreza, dura indigencia, compañera habitual del artista alemán, es a tí que, escribiendo aquí estos piadosos recuerdos, debo dirigirte mi invocación primera. Voy a celebrarte, hermana tutelar que me has seguido por todas partes, a tí, que con tu brazo férreo, me has preservado de las vicisitudes de una fortuna engañosa, y que tan bien me has protegido de los rayos enervantes de su luz, gracias a las sombras en que has ocultado siempre a mis miradas las vanidades de este mundo. Sí, estoy reconocido por tu solicitud maternal; mas, ¿no podrías intentar practicarla sobre un nuevo protegido? Porque la curiosidad martiriza mis sentidos, y quisiera, aunque fuese por un solo día, ensayar la existencia sin tu participación.

¡Perdóname, austeria diosa, por esta veleidad de mi ambición! Pero tú conoces el fondo de mi corazón y sabes qué devoción sincera tendría por tu culto aun dejando de ser el objeto de tu predilección. Amén.

La adopción de esta plegaria cotidiana habrá hecho saber ya que soy músico y que Alemania es mi patria. Ví la luz en una ciudad de escasa importancia. Yo no sé cuáles serían los cálculos de mis padres con respecto a mi vocación futura; pero lo que sí recuerdo bien, es que un día, habiendo escuchado una sinfonía de Beethoven, tuve durante la noche un acceso de fiebre, caí enfermo, y después de mi restablecimiento me volví músico. Esta circunstancia puede explicar la preferencia que di siempre, desde entonces, a las obras de Beethoven, bella música que he oído muchas veces, pues era para mí una afición, casi idolatría. Mi placer más grande era lanzarme al estudio íntimo, profundo, de ese inagotable genio, hasta llegar a creer que había llegado a identificarme con él; hasta que, mi espíritu alimentado de aspiraciones cada vez más sublimes, tuve la sensación de haberme vuelto una parte de ese maravilloso espíritu; hasta

que llegué a ese estado de exaltación que muchos califican de demencia.

Locura bien tolerable, por cierto, y bien inofensiva. Pero eso me procuró a la vez crudas penas y una sed cruel que me martirizaba, pues era difícil enriquecerse en Alemania dando lecciones a domicilio. Después de haber renegado mucho de mi suerte en el fondo de la buhardilla que me servía de refugio, llegué un día a pensar que el grande artista objeto de mi veneración aun vivía, y me resultó difícil explicarme cómo esa idea no se me ocurrió antes de aquel momento. El hecho verdadero es que nunca me había representado a Beethoven bajo una forma humana parecida a la nuestra y sujeto a las necesidades y apetitos de la naturaleza. Y a pesar de ello, él existía, en Viena, y en condiciones muy similares a las mías. Desde entonces no tuve un instante de reposo; todos mis pensamientos, todos mis deseos fueron dirigidos hacia un solo objeto: ver a Beethoven.

Ningún musulmán ha emprendido jamás el peregrinaje a la tumba del profeta con una fe y un ardor tales como los que me inspiraba mi proyecto. Pero, ¿cómo componérmelas para llevarlo a la práctica? Era para mí un asunto difícilísimo ese de ir a Viena, pues carecía del dinero para el viaje, y un pobre diablo como yo era, ganaba apenas para acudir a las necesidades más apremiantes. Era indispensable, pues, recurrir a medios excepcionales para procurarme los fondos necesarios; por esa causa fui a proponer a un editor algunas sonatas para piano que yo había compuesto sobre el modelo de las de Beethoven. El comerciante me demostró en pocas palabras que yo no era más que un loco con mis sonatas, dándome el consejo, si quería ganar con el tiempo algunos escudos con mi música, de procurarme ante todo alguna reputación componiendo galops y pout-pourris. Bramaba de indignación, pero al mismo tiempo, el deseo apasionado que me obsesionaba hizo desaparecer todos mis escrúpulos y me puse de lleno a componer galops y pout-pourris. La única medida que adopté fué la de no lanzar una sola mirada, durante ese tiempo, sobre las partituras de Beethoven, pues tal cosa me habría parecido una profanación vergonzosa. Pero he ahí que no gané nada con haber sacrificado mi inocencia; el honrado editor me declaró indispensable lanzar previamente los fundamentos de mi reputación mediante una o dos publicaciones gratuitas. Me enfurecí por segunda vez, retirándome con la desesperación en el alma; mas el exceso mismo de desesperación y de rabia me fueron propicios, pues en ese estado compuse galops formidables, que me valieron al fin algunos honorarios, hasta que consideré haber juntado lo suficiente para ponerme en camino. Habían transcurrido así dos años, y yo temblaba sin cesar ante la idea de que Beethoven muriera antes de que yo hubiese conquistado mi crédito con el mérito de los galops y pout-pourris. Pero, ¡Dios sea loado, él atendió esos instantes memorables! ¡Oh, San Beethoven! ¡Perdóname ese renombre indigno que adquirí nada más que por la dicha y la gloria de conocerle!

¡Qué dicha la mía al verme, al fin, libre para dar cima a mi proyecto! ¡Qué alegría al hacer mis preparativos para la partida! Franqué la puerta para dirigirme hacia el sur con la más santa emoción. Con placer habría tomado sitio en una diligencia, no por evitarme la fatiga de un viaje a

pie (esa prueba me parecía pequeña para ver cumplido mi afán), sino porque así habra llegado más pronto a Viena. Por desgracia, mi renombre como compositor de galops no era tan grande como para permitirme tal comodidad. Esta reflexión me inspiró una resignación a toda prueba y me felicité de haber vencido tantos obstáculos. ¡En qué sueños encantadores mecíase mi imaginación. Un amante volviendo después de larga ausencia lejos del ser amado, no siente latir tan deliciosamente su corazón. Atravesé así las bellas campiñas de la Bohemia, ese país privilegiado de los tocadores de arpa y los cantantes nómadas. En una pequeña villa encontré una de esas numerosas "troupes" de músicos ambulantes, orquesta movable compuesta de un violín, un bajo, un clarinete, una flauta y dos cuernos, sin contar una arpista y dos cantantes provistos de hermosa voz. Por algunas piezas de moneda ejecutaban aires de danza o cantaban baladas, y luego iban un poco más lejos a recomenzar lo mismo. Un día los encontré nuevamente en mi camino, acampados al abrigo de unos árboles que bordeaban la ruta, entretenidos en una frugal merienda. Me presenté a ellos como colega, y pronto viajamos juntos, convertidos en buenos amigos. Me informé tímidamente si su repertorio de contradanzas contenía algunas de las mías; pero ¡a Dios gracias!, me contestaron que ni siquiera habían oído hablar de ellas, y su ignorancia me llenó de alegría.

—Mas, ¿tocáis alguna otra cosa, además de contradanzas? — les dije.

—Sin duda — me respondieron — pero solamente entre nosotros.

Al mismo tiempo desempaquetaron su música y mi primer golpe de vista cayó sobre el gran Septimino de Beethoven. Les pregunté, con la sorpresa consiguiente, si ese era uno de sus trozos favoritos.

—¿Por qué no? — replicó el más viejo de la "troupe" —; si José no tuviera la mano lastimada y pudiera tocar su parte de primer violín, nos daríamos aquí mismo ese placer.

En un transporte de embriaguez me apoderé vivamente del violín de José, prometiendo hacer todo lo que estuviera de mi parte para reemplazarlo, y empezamos de esta manera con el Septimino.

¡Qué arrobamiento oír allí, a cielo descubierto, a un costado de una gran ruta de la Bohemia, esa magnífica obra ejecutada por una banda de músicos ambulantes, con una pureza, una precisión y una profundidad tal de sentimientos que sólo se encuentran raramente entre los más grandes virtuosos! ¡Gran Beethoven! ¡Fué realmente un sacrificio digno de tu genio aquél en que participé!

Llegábamos al final cuando una elegante silla de posta que no habíamos visto a causa del gran recodo del camino, se acercó silenciosamente delante nuestro. Un hombre joven, de una talla excesivamente alta y de un rubio no menos exagerado, estaba tendido sobre los almohadones y prestaba atento oído a nuestros acordes; luego sacó de su bolsillo una agenda, hizo algunas anotaciones, y después de haber arrojado delante de nosotros una moneda de oro, continuó su ruta dirigiendo a su sirviente algunas palabras en inglés.

Esto incidente nos confundió un poco hasta que el Septimino llegó a su fin. Abracé a mis nuevos amigos, y me dispuse a continuar viaje con ellos; pero me dijeron que tenían que tomar un camino transversal para llegar a su pueblo natal. Los habría seguido por cierto, si mi viaje no hubiese tenido un objeto tan importante. En fin, nos separamos con un adiós recíproco. Más tarde

recordé que nadie había recogido la pieza de oro del viajero inglés.

En el primer albergue donde entré para comer un poco, hallé a mi "gentleman" delante de un copioso almuerzo. Me examinó largo tiempo curiosamente y, dirigiéndome al fin la palabra en un alemán muy malo, me preguntó dónde estaban mis camaradas.

—Se han ido a su casa — le dije. tocadme alguna cosa; he aquí el dinero.

—¡Bien! Tomad vuestro violín — agregó — y Molestado por estas palabras, le respondí que yo no era un artista mercenario, y que por lo tanto no tenía violín; en fin, le expliqué mi encuentro con aquellos músicos.

—¡Excelentes músicos! — comentó el inglés — y dignos de la bella sinfonía de Beethoven.

Tocado en mi parte sensible, le pregunté si él era músico también.

—"¡Yes!" — dijo. — Toco la flauta dos veces por semana, el jueves practico el cuerno de caza y los domingos compongo.

—He ahí — pensé — un tiempo bien empleado. Nunca había oído hablar de artistas ingleses en "tournee" y juzgué que aquel debía producir buenas obras para poder recorrer el país con tan brillante equipaje.

—¿Sois, entonces, músico de profesión? — le pregunté.

Me hizo aguardar largo tiempo su respuesta; luego dijo, pronunciando lentamente las palabras, que tenía mucho dinero. Me dí cuenta en seguida de la ofensa que involuntariamente le había infligido y de que mi pregunta le había molestado. Disimulé mi embarazo guardando silencio y terminé rápidamente con mi modesto refrigerio. El inglés, después de haberme observado nuevamente con atención, se aproximó nuevamente y me dijo:

—¿Conocéis a Beethoven?

—No he ido todavía a Viena — le respondí — pero allá me dirijo actualmente y es precisamente para satisfacer mi ardiente deseo de conocer al ilustre maestro.

—¿De dónde venís? — agregó.

—De la ciudad de L...

—¡Oh! Eso no está muy lejos; yo vengo de Inglaterra, y también con el objeto único de conocer a Beethoven. ¡Y bien! ¡Lo visitaremos juntos! ¡Es un gran compositor!

—¡Valiente encuentro! — me dije. — ¡Oh ilustre maestro! ¡Qué peregrinos tan diversos atrae tu celebridad! Ricos y pobres andan a la vez sobre la misma ruta para verte.

Ese inglés me interesaba, mas no le enviaba su equipaje; me pareció que yo cumplía, dentro de mis humildes recursos, una acción más digna que la suya, y que yo recogería un placer más perfecto y más puro que aquél, escoltado con tanto lujo y facilidades. Resonó la corneta del postillón y el inglés montó en su carruaje, gritándome, a modo de despedida, que él vería a Beethoven antes que yo.

Después de haber andado algunas horas volví a encontrar al "gentleman" sobre el camino principal. Se había roto una rueda de su coche, pero él no estaba por eso menos tranquilo en su asiento, lo mismo que su acompañante, ubicado en el asiento exterior. Supe que aguardaba al postillón, que había ido a buscar un carretero a un pueblo bastante lejano. Me dijo el maestro que el postillón había ido a buscar un carretero a un pueblo bastante lejano, me decidí a ir yo mismo para apresurar su regreso. Lo encontré, en efecto, en un mesón, ocupado en beber, sin preocuparse de su "gentleman". Lo hice volver

ver en consecuencia con el carretero, y reparado el daño, el inglés partió, prometiéndome anunciar mi visita en casa de Beethoven.

Júzquese mi sorpresa al encontrarlo una vez más, al día siguiente, detenido en medio del camino. Pero esta vez no se trataba de la rotura de una rueda; aguardaba apaciblemente, y pareció impaciente al verme aparecer, pues movía una pierna nerviosamente.

— ¡Oh! — exclamó. — Hace cuatro horas que os aguardo expresamente, pues me he arrepentido de no haberos propuestos ayer acompañarme. Se va mejor haciéndose llevar que a pie; montad a mi lado.

Sorprendido por su proceder, dudé unos instantes para contestar; pero recordé el voto que había hecho en el albergue, de cumplir, a pesar de todos los obstáculos, mi peregrinaje a pie. Hice por tanto al inglés la declaración formal, y entonces fué su turno de admirarse. Me repitió su ofrecimiento, agregando que él me había aguardado expresamente muchas horas; pero yo fui inquebrantable, y partió solo, no pudiéndose imaginar la razón de mi negativa. En el fondo yo sentía por ese hombre una secreta repugnancia, y no sé qué presentimiento me advertía en contra de su funesta influencia. Además su entusiasmo por Beethoven y esa curiosidad por conocerlo, me parecieron más bien el capricho de un rico ocioso que el vivo y puro sentimiento de una admiración sincera. Preferí, por tanto, no profanar, aceptando irreflexivamente esa compañía, la admiración sincera que movía mis actos.

Mas, ¡ay de mí! Como un preludio de las tristes tribulaciones que me reservaba mi mala estrella, y de las cuales ese inglés debía ser el instrumento, nos encontramos todavía frente a frente esa misma tarde a la puerta de otra hostería, en la cual parece que él se detuvo para esperarme, pues lo hallé sentado, vuelto hacia el lado del camino por el cual yo debía venir.

— Es a vos a quien espero hace un buen rato — me dijo como la primera vez. — ¿Queréis que vayamos juntos a ver a Beethoven?

Esta vez mi sorpresa cedió a un sentimiento de repulsión instintivo. Ese empeño en obligarme a pesar mío me parecía inexplicable, a menos que el inglés no se estuviera tomando la tarea de vencer mi resistencia por haber chocado su susceptibilidad, y para humillar así mi amor propio. En consecuencia, rechacé su proposición sin disimular el mal humor que ella me inspiraba. Entonces gritó:

— “¡God damn!” ¡Estimáis, pues, bien poco a Beethoven! Yo... lo he de ver bien pronto.

Y dió la señal de partir.

Esa fué la última vez que ví a ese singular viajero antes de llegar a Viena.

Por fin pasé los límites de esa ciudad; estaba al término de mi peregrinación. Os dejo juzgar cuáles fueron mis emociones al penetrar a la Meca de mis deseos. Olvidé súbitamente todos los disgustos, todas las fatigas del viaje. ¡Yo pisaba el mismo suelo donde habitaba Beethoven!... Estaba demasiado agitado para soñar en la realización inmediata de mis votos más fervientes; solamente me informé de la casa que habitaba el gran compositor, con el fin de alojarme lo más cerca posible. Casi en frente de su casa había un hotel de modesta apariencia, donde alquilé una reducida habitación en el quinto piso, y allí me preparé al advenimiento más feliz de mi vida. Consagré dos días al reposo, y después de haber ayunado y rezado, indiferente a todo lo demás, me armé de todo

mi coraje y me dirigí a casa del genio. Pero me dijeron que Beethoven no estaba en casa. No sé por qué me retiré mal impresionado y volví a mi recogimiento. Al día siguiente, después de haber recibido cuatro veces la misma respuesta, cada vez más acentuada, me persuadí que había elegido mal día y me abstuve de insistir.

Cuando volví a mi hotel, alguien que se hallaba en el primer piso me dirigió un amigable saludo. Era mi viajero inglés.

— ¿Habéis visto a Beethoven? — me preguntó.

— Todavía no, no estaba — le respondí, sorprendido de ese encuentro inesperado.

Entonces vino hacia mí sobre la escalera y me obligó con extrema afabilidad a entrar en su habitación.

— Señor — me dijo — os he visto presentaros cinco veces al alojamiento de Beethoven. Hace muchos días que yo estoy aquí, y para poder estar frente a su casa me he alojado en este pésimo hotel. Os aseguro que es muy difícil de abordar. Ese hombre es muy lunático. Cuando llegué me presenté a su casa hasta seis veces por día y he sido rechazado continuamente. Ahora he tomado el sistema de levantarme muy temprano y apostarme en esa ventana, donde permanezco hasta la noche para espiar la salida del maestro. Pero empiezo a creer que no sale nunca de su casa.

— Entonces, ¿creéis que Beethoven estaba hoy en casa y me ha cerrado la puerta?

— ¡Exactamente! — replicó. — Ambos somos rechazados, y esto resulta muy desagradable para mí, que he hecho tan largo viaje solamente por verlo, y no para visitar Viena.

Esta confidencia me afligió. Hice por tanto una nueva tentativa al día siguiente, pero fué tan vana como las otras. La entrada al paraíso me estaba decididamente cerrada. El inglés, que desde su balcón seguía mis idas y venidas con escrupulosa atención, adquirió la certeza de que Beethoven habitaba también el cuerpo posterior del edificio, lo que lo desolaba grandemente, a pesar de lo cual perseveraba en su observatorio. Mi paciencia, por el contrario, tocó bien pronto a su fin, y para ello tenía razones importantes. Una semana se había perdido en visitas infructuosas, y el producto limitado de mis galops no me permitía prolongar mucho mi estada en Viena.

Comencé a ser presa de la desesperación. Por último, confié mis tribulaciones al dueño del hotel, quien prometió allanar todos los obstáculos, pero a condición de que no se dijera nada al inglés. Completamente dispuesto a burlarme de tan odioso personaje, hice de buena gana la promesa que se me pedía.

— Calculad — me dijo el honesto hotelero; — aquí viene una romería de ingleses a ver a Beethoven y trabar relaciones con él, lo que le contraría en exceso, poniéndole fuera de sí la indiscreta curiosidad de estos hombres, y tanto es así, que decidió cerrar sus puertas a todos los forasteros sin excepción. Es un hombre algo original, y hay que perdonarlo. Esto es, al fin, muy provechoso para mi hotel, pues tengo diariamente un buen número de ingleses en expectativa, quienes, gracias a la dificultad para abordar a Beethoven, están obligados a alojarse aquí largo tiempo. Pero ya que me prometéis no dar la alarma a nadie, espero prestaros en breve el favor de ser introducido en casa de Beethoven.

(Continuará).

Traducción de J. Salas Subirat.

A LA RUSIA DE LOS SOVIETS, SALUD

Hemos recibido esta tarjeta postal desde Rusia, fechada en Moscú. Un hombre desconocido nos la remite. Dice que oyó decir que la mejor revista que salía en Buenos Aires era LOS PENSADORES. (No sabemos que va a opinar Ortiga Ankerman cuando la lea). Esto es sintomático. Aprovecharemos la circunstancia para ponernos en comunicación directa con algunos escritores rusos de la nueva generación. Le hemos remitido algunas direcciones de varios escritores que desean ponerse al habla con sus colegas rusos. También le hemos solicitado libros y revistas para la traducción. Por nuestra parte le enviamos ya lo más saliente de la producción literaria de nuestro país. Dados los escasos medios con que contamos nosotros, si el amigo desconocido que nos escribe retribuye en la misma forma, haremos conocer aquí lo que no han

Moscú, 29 de Octubre de 1925
 Señor
 Administrador de la revista
 "Los Pensadores"
 Buenos Aires, R. A.

Muy Señor mío
 He oído casualmente que la mejor revista para los escritores que se publica en la hermosa ciudad de Buenos Aires, R. A. Por tal motivo me he permitido dirigirme a Ud. para solicitarle de encargo, por correo aéreo, un ejemplar de esta revista que me interesa mucho. Si Ud. tiene tiempo le suplico, tenga la bondad de darme a conocer los precios de suscripciones.

Después de antemano mis gracias y expresivas palabras de favor y alabando su pronta contestación, me es grato aprovechar en oportunidad para suscribirme de \$ 1

N. B.
 Mi dirección es como sigue

Señor
 S. Davidoff,
 Technich 7^o 2, cuarto N^o 6
 Moscú, Rusia
 (U. de S. R.)



hecho conocer aquellos que poseen más medios que nosotros.

Nosotros vemos en esta postal el primer mensaje vivo que nos llega de la Rusia soviética. A manera de saludo internacional la publicamos y la retribuimos. Sirva esto como un saludo fraternal.

Los escritores de la extrema izquierda agrupados en nuestra revista, por intermedio del compañero desconocido, saludan a la Rusia de los Soviets.

DESPILFARROS

Persigo entre las ruinas de una calle, sin pensar en la teja que puede caermé, el talle flexible de una moza. Es muy compleja

la misión de vivir. Y hay mucha gente que camina a mi lado, diz que prácticamente viendo para el tejado...

La emigración desborda su miseria en la rica población, manchando el bulevar. Maldita horda la de la emigración,

que no deja que pase un caballero de porte señorial, luciendo alto sombrero y olorosa gardenia en el ojal.

Cielo azul, un pedazo de cielo azul. El sol de la mañana

tira en la cale un trazo primaveral.

Me acodo en la ventana y miro la ancha vía de la ciudad, que alegra la verdura viril de la arboleda en simetría, por donde pasa la cacofonía de un carromato lleno de basura...

Se casaron ayer y se marchan hoy sin saber lo que dice Tolstoy.

Cantan las esquilas en el campanario (las mujeres van para misa, sermón y rosario): por e-so las co-sas es-tán como es-tán...

LUIS C. LÓPEZ.

El próximo número de
 "LOS PENSADORES"
 aparecerá el día 23 de febrero.

Vargas Marty, F. A. Dr.—El matrimonio, el divorcio y el adulterio	0.20	Voltaire.—La moral religiosa	0.20
Venette, Dr.—Pintura del amor conyugal	0.20	TEATRO CONTEMPORANEO	
Bleeh, Aimée.—Enseñanza teosófica	0.20	Alvarez Quintero, S. y J.—Cancionera ...	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Estudios sexuales	0.20	Benavente, Jacinto.—La Malquerida	0.20
Gutiérrez Salazar, Luis.—La Esterilidad	0.20	Benavente, Jacinto.—Los ojos de los muertos	0.20
LOS PENSADORES		Benavente, Jacinto.—Los intereses creados	0.20
Barbusse, Henri.—Fatalidad	0.20	Villaespesa, Francisco.—La Leona de Castilla	0.20
Bonafoux, Luis.—Clericanallas	0.20	Romero y Fernández Shaw.—Doña Francisquita	0.20
Darío, Rubén.—Cabezas	0.20	TEATRO NUEVO	
Gautier, Teófilo.—El vellocino de oro ...	0.20	González Castillo, José.—Hermana mía ..	0.40
Gorki, Máximo.—Lo que yo pienso del pueblo ruso	0.20	Pico, Pedro E., y Juan León Bengoa.—La grieta	0.40
Gourmont, Remy de.—Una noche en el Luxemburgo	0.20	Defilippis Novoa, F.—Los caminos del mundo	0.20
Heine, Enrique.—Memorias	0.20	Bellán, José Pedro.—La Ronda del Hijo ..	0.20
Justo, J. B.—Estudios sobre la moneda ..	0.20	Samuel Eichelbaum.—La hermana terca ..	0.20
Mariani, Mario.—Lágrimas de sangre ...	0.20	NOVELAS DE AVENTURAS	
Mauclair, C. Nietzsche y D'Annunzio.—Wagner	0.20	Conan Doyle, A.—Un crimen misterioso ..	0.20
Muñoz, Escames.—Pasteur, su vida y su obra	0.20	Poe, Edgar Allan.—Un viaje a la luna ..	0.20
Ortega y Munilla, J.—Calandria, Rey de Morella	0.20	Salgari, Emilio.—Los naufragos del Spitzberg	0.20
Palacios, Alfredo L.—El Nuevo Derecho ..	0.20	Verne, Julio.—Una invernada en los hielos ..	0.20
Poe, Edgar Allan.—La muerte roja	0.20	LOS CONTEMPORANEOS	
Rousseau, Juan Jacobo.—Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres	0.20	Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos ...	0.40
Spencer, Herbert.—El progreso	0.20	Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos (papel pluma)	1.—
Tolstoi, León.—Lo que debe hacerse (El destino de la ciencia y del arte)	0.20	LOS NUEVOS	
Unamuno y Ganivet.—El porvenir de España	0.20	Amorim, Enrique M.—Tangarupá	0.50
Un tomo conteniendo: Soñadores, de Knut Hamsun; Generosidad de corazón, de Selma Langerlof; Los comediantes sin saberlo, de Honorato de Balzac; El spleen de París, de Carlos Baudelaire, y La muerte de Jesús, de Eç de Queiroz ..	1.—	Amorim, Enrique M.—Tangarupá	1.—
Un tomo conteniendo: Los espectros, de Leonidas Andreieff; Misas herejes y otras poesías, de Evaristo Carriego; Los simples y otros poemas, de Guerra Junqueiro; El misionero, de Almafuerte; Idilios y fantasmas, de Pío Baroja; Libian, de Enrique Sienkiewicz, y Memorias, de Enrique Heine	1.—	Barletta, Leonidas.—Los Pobres	0.50
Un tomo conteniendo: Regalo de amante y Morada de Paz, de Rabindranath Tagore; La Humanidad del porvenir, de Enrique Lluria; Defensa de la Internacional, de Salmerón y Pí y Margall, y Rusia en las tinieblas, de H. J. Wells ..	0.30	Barletta, Leonidas.—Los Pobres	1.—
Vargas Vila.—Verbo de admonición y combate	0.20	Castelnuovo, Elías.—Malditos	1.—
		Castelnuovo, Elías.—Tinieblas	1.—
		Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina ..	0.50
		Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina ..	1.—
		Yunque, Alvaro.—Versos de la calle	1.—
		CLASICOS DEL AMOR	
		Florilegio del Amor (Lo que han dicho sobre el Amor los más grandes espíritus de la Humanidad)	0.30
		Mauclair, Camilo.—La magia del amor ..	0.30
		Morales San Martín, B.—Fidelidad conyugal	0.30
		Musset, Alfredo de.—Margot	0.30
		Nordau, Marx.—Cómo aman las mujeres ..	0.30
		Ovidio.—Arte de amar	0.30
		Rueda, Salvador.—La cópula	0.30
		Turgueneff, Iván.—Y así pasó el amor ..	0.30
		Valle Inclán, R. del.—Corte de amor ...	0.30
		Ingenieros, José.—Estudios sobre el amor ..	0.20

*Estas obras se venden en los kioscos, librerías y puestos de periódicos
Los pedidos a la Administración se remiten francos de porte.*

EDITORIAL CLARIDAD

*Dirección Postal: C. de Correo 736—Administración: Independencia 3531
Buenos Aires*

QUILMES

CRISTAL

ES LA MEJOR CERVEZA